



el loco del magnetófono

ralph barby



COLECCION

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

EL LOCO DEL MAGNETOFONO

Colección PUNTO ROJO n.º 397
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 38.279 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1969

© RALPH BARBY - 1969
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

630. — Un «Texas-Ranger» llega a Oklahoma.

En Colección KANSAS:

592. — ¡No más linchamientos!

En Colección CALIFORNIA:

677. — Satán vive en Milton Peek.

En Colección BRAVO OESTE:

433. — Manantial de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.007. — El hampa se moderniza.

En Colección SALVAJE TEXAS:

693. — Nace un «Texas-Ranger».

En Colección PUNTO ROJO:

375. — Diamantes indigestos.

En Colección ASES DEL OESTE:

541. — «Taged».

En Colección BISONTE:

1.106. — El futuro no es de los cobardes.

En Colección BUFALO:

779. — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

Pitty Cabot electrizó al público del *night-club* con su frenético baile. Su forma de cantar era desgarrada y parecía ir a devorar el micro portátil que llevaba en su mano para lanzar luego distintas modulaciones que hacían brincar al público joven y no tan joven que había acudido al Saturno.

Una orquesta de veinte músicos con siete guitarras eléctricas, órgano electrónico y demás instrumentos musicales, daba el aire necesario a las piezas que interpretaba Pitty.

Yale V. Crow estaba sentado ante un vaso de *whisky* mezclado con hielo y seltz para hacerlo más refrescante, ya que en Los Ángeles, en aquel mes de agosto, hacía calor.

El hombre no apartaba sus ojos de Pitty, con apenas diecinueve años, pero con una vitalidad capaz de marear a un entrenadísimo astronauta. Era la hija de su mejor amigo y compañero en el departamento federal de contraespionaje.

Sin embargo, la hermosa y rubia Pitty, aquel remolino que enardecía a quienes la escuchaban o contemplaban en una de sus vibrantes actuaciones, ni siquiera sabía que su padre era un agente del

F. B. I.

y precisamente de los veteranos.

En apariencia, sólo era un representante comercial a comisión que cambiaba muchas veces de representación. Y para Pitty, él, Yale V. Crow, era un aventurero, jugador y mariposeador de los clubs nocturnos. La versión moderna de lo que en las revistas para amas de casa llamaban un *play-boy*.

Con su personalidad, Yale V. Crow se diferenciaba de los jóvenes que vestían de un modo extravagante o muy sucio.

El Saturno no era un local para *hippies* salvo que tuvieran un alto poder adquisitivo, ya que una botella de champaña costaba

veinticinco dólares. Sin embargo, había allí muchos hijos de papá con pelos largos, barbas y atuendos extraños que sí podían pagar.

Crow se había dicho muchas veces que él no se casaría pese a que bastantes mujeres se le insinuaban en tal sentido.

Yale V. Crow, con algo más de treinta y menos de treinta y cinco años, era un hombre que atraía poderosamente al sexo contrario.

El traje blanco que vestía aquella noche y que contrastaba con el azabache de su cabello espeso, le hacía destacar incluso a los ojos de aquellas jovencitas de cabellos largos que preferían los hombres con la personalidad de Yale a los sujetos casi mugrientos que solían acompañarlas. Pero era la moda, y ellas seguían adelante aunque tuvieran que subir al Empire State de Nueva York trepando por la fachada principal.

Pese a sus saltos, contorsiones y movimientos frenéticos que acababan contagiándose a cuántos bailaban en la pista, Pitty tuvo varias miradas para Crow, al que conocía bien por ser amigo de su padre.

Aquella pieza terminó y Pitty saludó con los brazos en alto a su fervoroso auditorio, que silbó a modo de aplauso.

Yale llevó su vaso de *whisky* a los labios mientras observaba a la esbelta y bien formada Pitty, la cual vestía una cortísima falda y una blusa de terciopelo negro con un larguísimo escote en forma de lanza que terminaba en la misma cintura, cerrado por un gran medallón de cinco pulgadas de diámetro que colgaba de su cuello con una cadena plateada.

Pitty, desoyendo las peticiones del público, saludó a los músicos con la mano y abandonó el escenario para dejar paso a otra cantante.

Por el centro mismo cruzó los jardines del club, pues a causa del calor, la empresa había instalado la sala de fiestas al aire libre. Sus jardines poseían más comodidades si cabe que el propio interior.

—Hola, Yale —saludó, sentándose en su mesa con soltura y sin afectación.

Pitty era demasiado joven, moderna y atractiva para buscar poses que aumentaran un *sexy-appel* que ya poseía innato.

—Magnífico, Pitty. Deberían poner tu nombre a uno de los huracanes que azotan el sur de los Estados Unidos.

—Ya lo he solicitado, pero tengo que esperar turno. Algún día

oiremos hablar del «huracán Pitty».

—Puedes estar segura de que no dará tanto que hablar ni que mover que tú.

La chica se lo quedó mirando. Con verdadero interés preguntó:

—Yale, a ti no te gustan las chicas modernas, ¿verdad?

—¿Por qué no habrían de gustarme?

—Como no vistes ni gritas como los demás muchachos...

—¿A ti te gustaría que lo hiciera?

Ella dudó. Era como si le doliera admitir una falta propia.

—La verdad es que no.

—Mira, Pitty, tus compañeros y tú estáis convencidos de que el que rebasa la frontera de los treinta, aunque sólo sea un día, ya no es moderno y pertenece como si dijéramos a otra raza a la que hay que dejar de lado. Eso es un error infantil, porque los que ahora somos jóvenes hemos de dejar paso a los que son todavía adolescentes y ellos serán los modernos después. Es decir, confundís la palabra moderno con la de joven. Siempre habrá jóvenes y por su misma juventud e inexperiencia harán cosas que ellos llamarán modernismos. Vosotros pondréis el grito en el cielo y ellos os llamarán viejos. En fin, es algo complicado, pero convéncete de una cosa.

—¿El qué? —preguntó ella, que escuchaba con interés.

—Todos somos niños, adolescentes, jóvenes, adultos, maduros y viejos. Para que nos denominen de una forma u otra, sólo es cuestión de tiempo y es absurdo acusar a alguno de estos períodos de la vida porque todos hemos de pasar por ellos a menos que nos muramos antes. En cada edad obraremos en la forma correspondiente y el que no haga tal cosa, es merecedor de que lo pongan en manos del psiquiatra.

—Yale, me has dado toda una disertación sobre el modernismo. ¿Te atreverías a soltar todas tus teorías en una reunión de *hippies*?

—No.

—¿Por qué?

—Porque sería lo mismo que entrar en una jaula de chimpancés y recitarles Hamlet.

—Quién sabe, a lo mejor te escuchaban —ironizó Pitty.

—Eso es lo que me da más miedo. Sería humillante para la especie humana.

—Señor Crow...

Al oírse interpelado, Yale se volvió quedando encarado con una de las chicas que trabajaban en el Saturno vendiendo cigarrillos o chicle en una bandeja al tiempo que mostraban sus piernas.

—Sí, soy yo.

—Tenga, este paquete es para usted.

La empleada le entregó un paquete bien envuelto, de forma rectangular y de algo más de un palmo de largo. A Yale le pareció un tanto pesado.

La chica se disponía a alejarse, pero la mano del hombre sujetó la muñeca.

—Espera, encanto. ¿Quién te ha dado esto para mí?

—No sé, sólo me han dicho que se lo entregara, señor Crow —repuso con la mejor de sus sonrisas que a Pitty se le antojó una insinuación.

—Dame un paquete de cigarrillos.

—Es medio dólar, señor.

—Toma cinco, y el cambio para ti. —Mientras abría el paquete preguntó—: ¿Te acuerdas de quién te ha dado esto para mí?

—Sí, claro, no faltaría más. Era un hombre sentado en aquella mesa. —La mesa que señaló estaba vacía—. Pues ya no está. Ha debido marcharse.

—¿Conocías a ese hombre?

—No, seguro que no.

—Por lo menos, podrías decirme cómo es.

—Debo seguir vendiendo, tengo prohibido charlar con los clientes. Son órdenes rigurosas del club.

Yale correspondió a la sonrisa de ella y preguntó a Pitty:

—¿Tienes cigarrillos?

—No.

—Pues toma una cajetilla.

Cuando Pitty tomó el tabaco, Yale puso otros cinco dólares sobre la bandeja.

—Pues, no era mal parecido —explicó la vendedora, como recordando—. Cercano a los cuarenta, cabello rubio casi albino. Tenía una sonrisa muy especial.

—¿Cómo de cínico?

—No puedo opinar tales cosas de los clientes, pero quizá fuera

como usted dice. Ahora, de veras me agradaría que me siguiera comprando cigarrillos a este precio, pero soy noble y debo decirle que haría un gasto inútil; no sé nada más de ese hombre.

Dicho esto, se alejó.

—Este asunto parece misterioso, Yale —observó Pitty observando el paquete que seguía envuelto en su papel, sin que las manos del hombre demostraran prisa por abrirlo, pues se entretenían encendiendo un cigarrillo. Su rostro tenía un aire pensativo.

—Olvídate de este paquete, Pitty. Carece de importancia.

—Te juro que nunca he visto a un hombre más frío e indiferente que tú. Si ese paquete me lo hubieran dado a mí, ya estaría despanzurrándolo para ver qué contiene.

Yale presentía que aquel paquete tenía algo que ver con su profesión de federal en el departamento de contraespionaje que estaba muy lejos de ser una caja de bombones.

Por ello, deseaba que Pitty le quitara los ojos de encima y poder marcharse con él para abrirlo en algún lugar solitario.

—La curiosidad es mala consejera, Pitty. Ahora disculpa, pero tengo que marcharme. Da recuerdos a tu padre de mi parte.

—¿Te vas? Si la noche no ha hecho más que comenzar —protestó ella.

—Tengo algunos problemas que resolver y ya no esperan más. La verdad es que he venido al Saturno sólo para verte actuar.

—Gracias, pero lo que ocurre es que quieres irte lejos de mí para abrir el paquete y que yo no vea lo que contiene. ¿Acierto? —le preguntó con una sonrisa cargada de picardía.

Yale, espontáneamente, hubiera dicho que sí, pero no podía ser tan sincero con aquellos ojos verde mar, aquellos labios carnosillos y la nariz respingona. Ser sincero con una muchacha como Pitty era peligroso. Se corría el riesgo de acabar junto a ella con un aro de oro en el dedo.

—Vamos, Pitty, ¿por qué no dejas el club y te vas a casa a dormir como las buenas chicas? Tu padre se alegraría de esta decisión, lo conozco bien.

—Vamos, Yale, no te pongas paternal. Precisamente un *play-boy* como tú...

Con aire molesto, Pitty se levantó, alejándose sin mediar más

palabras.

Yale admiró su silueta. La joven no era precisamente una niña, sino una mujer capaz de volver loco a cualquier espécimen que se viera obligado a afeitarse diariamente.

Deseó detenerla, pero no lo hizo. El paquete que reposaba sobre la mesa se lo impidió. Debía conocer pronto lo que había allí dentro, quién se lo había entregado y por qué. Tres preguntas que necesitaban urgente respuesta.

Pagó y abandonó el Saturno.

Salió a la Alameda Street y en el *parking* del club recogió su auto, un «Chrysler» blanco último modelo.

Llevó el auto hasta un parque próximo al Saturno. Allí lo detuvo. Encendió la luz interior y dedicó toda su atención al paquete que había permanecido junto a él en el asiento.

Lo observó detenidamente. Luego, lo aplicó a su oreja y escuchó con la máxima atención.

—No parece una bomba de relojería —se dijo entre dientes.

Hubiera deseado introducir el paquete, en un estanque, remojándolo bien y luego sacarlo ya más seguro por si era un artefacto para hacerlo desaparecer del mundo de los vivos.

Aquello era muy posible, ya que si bien su identidad no era conocida, en el mundillo del espionaje, contra y recontra espionaje todo se llegaba a saber.

Una vacilación, una presentación inoportuna, una fotografía cerca de una Embajada o entrando en las oficinas del departamento del

F. B. I.,

la

C. I. A.

o en el mismísimo Pentágono de Washington era suficiente para pasar a formar parte de archivo.

Yale sabía perfectamente, pues así trabajaban también en su departamento, que los archivos con fichas fotográficas, datos personales, etc., se anotaban día a día pasando luego a complicadas computadoras que luego entregaban toda la documentación precisa en pocos segundos. Cuando se pasaba a formar parte de semejantes monstruos de la electrónica, ya fueran los propios del país o del enemigo, era imposible desaparecer de ellos.

Pensó que podía ir al laboratorio federal y allí los técnicos especializados abrirían el paquete sin ninguna clase de riesgos, pero desechó esta idea. Aquel paquete también podía ser una cosa simplemente personal en la que no hiciera falta mezclar al F. B. I.

Con sumo tacto, fue desenvolviendo el paquete. Se halló ante un pequeño magnetófono a transistores y pilas tipo *cassette*. Estaba cargado y el dispositivo rojo para ponerlo en marcha destacó ante sus ojos.

No quiso correr riesgos innecesarios mientras pudiera. Más de uno de sus compañeros había volado en pedazos al no tomar precauciones en una situación como aquélla. Pulsar el botón rojo podía significar el estallido de una carga de plástico.

De la guantera sacó un pequeño destornillador con punta de estrella y abrió la caja plástica del magnetófono comprobando que en su interior no había otra cosa, que lo particularmente propio de un magnetófono.

No había ninguna clase de explosivo que pudiera ser detonador, pero el trabajo no había sido en vano, ya que era imprescindible tomar aquellas precauciones para seguir subsistiendo, máxime cuando el presidente de la nación había cursado órdenes al F. B. I.

y a la C. I. A, de extremar la vigilancia.

El proyecto antimisiles debía ponerse en marcha cuanto antes sin que el enemigo pudiera obstaculizarlo. Aquélla era la única forma de mantener el país a salvo de cualquier ataque por sorpresa, preocupación que obsesionaba a todos los grandes políticos que ocupaban la Casa Blanca.

«Hay que estar prevenidos contra el ataque por sorpresa», ordenaban más que decían todos los presidentes cuando llegaban al poder y se dirigían privadamente a los elementos de seguridad y la defensa de los Estados Unidos.

El pequeño grabador japonés se puso en marcha tras ser pulsado el botón rojo.

Comenzó a escucharse la voz de un hombre. Sonaba, con aire burlón, cínico, correspondiendo a la descripción que le diera la chica del Saturno.

—Hola, Crow. Después de haber comprobado que este pequeño

magnetófono no se trata de un artefacto, porque no me cabe la menor duda de que un hombre como usted, de su experiencia, lo habrá hecho, pase a escucharme.

Yale pensó que aquel tipo quería pasarse de listo preveyendo de antemano lo que haría el prójimo.

—Usted no me conoce, Crow, pero yo a usted sí. En este nuestro primer contacto no le explicaré quién soy yo ni cómo obtengo mis informaciones. Usted, seguramente, estará muy interesado en saber el porqué de este mensaje al que seguirán otros en los que sólo habrá mi monólogo y sus pensamientos. No podrá discutir conmigo sobre problemas económicos o técnicos. Se tratará de hacer cuanto yo diga y no tendrá que arrepentirse usted ni el

F. B. I.,

los Estados Unidos ni lo que se ha dado en llamar el bloque occidental.

Yale frunció el ceño, pero prosiguió la escucha de aquella voz cínica. ¿Se trataría de una broma estúpida? Tuvo la impresión de que no, de que aquel tipo muy seguro de que sí sabía bien lo que hacía y cuál era su meta.

—Crow, yo trabajo para lo que ustedes llaman el enemigo, pero con franqueza, no creo en doctrinas o en ideologías político-sociales. Soy un hombre que sólo aspira a vivir bien y disfrutar de todos los placeres que me brinde la vida.

«Un traidor», se dijo Yale para sí.

—Exactamente Crow, lo que está pensando, soy un traidor, pero la palabra queda un poco fea. Bien, voy a adelantarle mis pretensiones que usted se encargará de transmitir a sus superiores. En adelante me seguiré comunicando con usted por este mismo sistema del magnetófono. Le entregaré las cintas por los medios que estime más convenientes y no se pase de listo tratando de descubrirme. Su país, tan seguro, tan invulnerable, tan preparado militarmente, con tantos recursos económicos, va a ser arrasado en cualquier momento cuando los poderosos cerebros grises del enemigo lo estimen oportuno. Se lo digo de verdad, señor Crow. Va a ser arrasado de un modo casi total. Millones y millones de norteamericanos desaparecerán sin que nadie pueda evitarlo y sin que los submarinos atómicos u otras defensas nucleares sepan a quién atacar a ciencia cierta. No voy a decirle más por ahora señor

Crow, sólo una cosa muy importante: Que el resto de la información costará a su país cinco millones de dólares convertidos en marcos y colocados en la cuenta de un Banco suizo que yo determinaré en el momento preciso. ¿Qué son cinco millones de dólares comparados con sus hermosas y grandes ciudades que desaparecerán? Me vendo barato, lo sé, pero no soy demasiado ambicioso. Sólo aspiro a vivir bien y si sus superiores no están de acuerdo en pagar tan ridícula cantidad, serán responsables de que su país desaparezca de la forma más brutal y violenta. Si están de acuerdo como yo espero, usted mañana a las nueve en punto de la noche colocará su «Chrysler» en el *parking* particular del Saturno y soltará el claxon por espacio de dos minutos exactamente. Si crea un pequeño escándalo, será más divertido. Luego, yo me pondré en contacto con usted. Buenas noches, señor Crow, que duerma tranquilo, pero no olvide que la vida de una nación está en sus manos. En cambio, si yo hablo, los planes del enemigo fracasarán.

Luego, la cinta prosiguió virgen, sin sonido alguno.

«¿Será un timo, una estafa, una trampa?», se preguntó Yale pensativo.

—Magnífico, es toda una novela de misterio. ¿Quién te ha gastado esa broma, Yale?

Volvió la cabeza y sentada en el asiento posterior del coche descubrió a la hermosa y joven cantante del Saturno.

—¡Pitty! ¿Cómo tú aquí?

—Me he dicho que descubriría lo que había en el paquete. He salido antes que tú por la puerta posterior de artistas y me he escondido aquí atrás, bien pegadita al respaldo de tu asiento.

—¿Y lo has oído todo?

—Naturalmente, de veras que es divertido.

Y se rió ante el rostro grave y preocupado del agente federal que en todo había pensado menos en la curiosidad de una muchacha descendiente de la primera gran curiosa que se llamó Eva.

CAPÍTULO II

—Me parece una soberana estupidez todo este asunto —gruñó Anderson, jefe superior del departamento al que pertenecía Yale V. Crow.

Éste miró el magnetófono ya detenido.

—A mí no me parece una broma.

—Vamos, vamos, no irá a pensar que debemos darle a un desaprensivo bromista cinco millones de dólares, ¿verdad?

—Yo no he dicho tanto, pero sí, que no estaría mal investigar un poco a fondo.

—Si atendiéramos todos los chantajes y extorsiones estaríamos listos, y como corriera la noticia, tendríamos la oficina llena de cartas anónimas y llamadas telefónicas pidiendo dinero con la amenaza de deteriorar una casa, un barrio, una ciudad, un estado o la nación entera como el loco ese que le ha enviado el magnetófono.

—¿Y si hubiera algo de verdad en este lío?

Anderson, un hombre de cincuenta años, mirada escéptica, cabello plateado y lacio, sonrió incrédulo.

—No me diga que se ha tragado el anzuelo, Crow.

—Yo no estoy en el

F. B. I.

para tragar anzuelos como usted dice, sino para investigar y no bostezar.

—Creo que se propasa un tanto al hablar conmigo. No olvide que soy su superior.

Yale no simpatizaba demasiado con su jefe. Éste había sustituido a Sherman, un hombre excepcional, muerto en acto de servicio.

Paulatinamente habían ocupado cargos superiores del

F. B. I.

hombres como Anderson de manifiestas tendencias burocráticas, que se preocupaban del control del gasto de bolígrafos en la oficina

en lugar de permanecer siempre atentos a descubrir pistas que pudieran llevarles al hallazgo de tupidas redes de espionaje. Muchos eran los países que gastaban sumas fabulosas en este aspecto. Grandes y pequeñas potencias querían saber y mucho. Las grandes, para mantenerse siempre informadas y no perder el control y las pequeñas con el ansia de convertirse en la sexta o séptima potencia mundial.

Crow no estaba de acuerdo con la apatía de Anderson y de quienes se parecían a él, pero le debía un respeto como superior que era y aguantaba temiendo estallar el día menos pensado.

Era obvio que el

F. B. I.

últimamente había tenido grandes fracasos en la investigación de magnicidios que habían trascendido a la Prensa mundial, no favoreciendo en absoluto a los federales.

Crow tenía esperanzas de que las cosas cambiarían, volviendo a los tiempos anteriores en los que el arrojo, la astucia, el desprecio por la propia vida y el afán de aniquilar al hampa estaban muy por encima de la burocracia actual.

Yale era un hombre joven y dinámico que confiaba en que los que ahora dormían en sus laureles en mullidos triclinios soñando batallas pasadas, habrían de desaparecer para dar paso a una nueva generación.

Todas aquellas cavilaciones pasaron en breves instantes por su cerebro, pero no las exteriorizó en voz alta. Más de una vez había discutido con su jefe en tal sentido y Crow tenía ya dos amonestaciones firmadas por Anderson sobre la mesa del director del

F. B. I.

Edgard Hoover, un hombre fabuloso que cuando miraba atrás siempre acababa por observar que los mejores agentes del

F. B. I.

no eran los que ocupaban los cargos, sino los que estaban ya enterrados y no precisamente por muerte natural.

Los mejores habían caído dando su vida en defensa de la ley o de la patria. Paradójicamente, su entrega de cuerpo y alma solía estar premiada con una muerte violenta y luego el olvido. Éste era el pago a los héroes, y nadie lo ignoraba.

Sin embargo, cuando alguien caía, siempre había otro como Yale V. Crow que ocupaba su puesto y seguía sus huellas.

Los hombres como Anderson los observaban con una mezcla de ironía, suspicacia y cinismo. Ellos eran quienes leían las apologías póstumas al agente muerto en acto de servicio y luego recibían honores, medallas y aumento de paga.

—Es que éste es el cabo que puede conducirnos a una gran madeja.

—No le he pedido opinión, Crow —observó Anderson.

Otro, en su lugar, hubiera torcido el gesto, pero en los momentos más difíciles Yale sabía controlarse a la perfección. Su rostro se convertía en un bloque de hielo.

—De acuerdo, Anderson, pero como creo que el asunto puede resultar interesante escribiré a la central de Washington a ver qué opinan.

Anderson se sonrojó hasta las orejas ante aquel desafío de su subordinado.

—Creo que esa impulsividad, propia de su juventud, le lleva a tomar decisiones que pueden perjudicarle. Replicando a sus superiores, contraviniendo sus órdenes, sólo conseguirá...

El propio Yale añadió:

—Llenar la mesa del director de amonestaciones. ¿Es que cree que estoy en el

F. B. I.

para obtener ascensos por el escalafón? No, Anderson, se equivoca. Yo sólo quiero que el

F. B. I.

sea respetado por los ciudadanos honrados y temido por quienes están al margen de la ley y por los enemigos de nuestra patria.

—Magnífico —respondió Anderson irónico—. Le aplaudo. —Más condescendiente, añadió con una sonrisa prudente—: Para que no piense que me opongo sistemáticamente a las investigaciones absurdas sobre ese individuo y no vaya quejándose a la central de Washington, le doy una semana para investigar esa tontería del loco del magnetófono. Por compañero tendrá a Cabot, pero sólo una semana, ¿comprendido?

—¿Y el dinero?

—No se referirá a los cinco millones de dólares, verdad?

—Si tal como asegura ese tipo es para evitar que nuestro país sea arrasado, vale la pena darlos.

—Vamos, vamos, es usted un infantil. ¿Cree que alguien puede arrasar nuestra nación fácilmente con la red de protección que poseemos? No sea absurdo. Antes de que un barco, submarino, avión o misil llegara a las mil millas de proximidad de nuestras costas, ya habría sido descubierto y destruido en marcha. El Gobierno dedica cada año miles de millones de dólares para que exista esa protección y que el ciudadano americano se sienta en todo momento protegido contra cualquier ataque por sorpresa.

—Pues si invierten miles de millones de dólares, bien valdría la pena gastar cinco para impedir la gran catástrofe.

—Una catástrofe que sólo existe en su imaginación. Sólo para complacerle, para demoler su suspicacia hacía mi persona, le concedo una semana de tiempo para que descubra al tipo del magnetófono y lo envíe a cualquier centro psiquiátrico. La verdad es que los hombres de mi departamento están para controlar California, no para perder el tiempo. Por cierto, que se está hablando demasiado últimamente de sus conquistas femeninas, ¿no le parece?

—Acepto la semana y a Cabot como pareja. En cuanto a mi vida privada, no se meta. Ahora, eleve otra queja a la superioridad hasta que consiga que me expulsen del

F. B. I.

—Sería una tragedia para usted, ¿no es cierto? —preguntó con cinismo.

—No lo crea. Podría ser detective particular, he recibido ya varias ofertas en tal sentido y le aseguro que ganaría mucho más, pero no le voy a dar el placer de que me sustituyan por otro hombre más manejable para usted.

Recogió el magnetófono y sin añadir palabra salió del despacho.

Anderson frunció el ceño y apretó los labios. Los hombres como Crow, con aquella gran rebeldía que les hacía mirar a todo el mundo cara a cara, con altivez y orgullo, resultaban los más peligrosos para los que, como él, habían subido lentamente, por escalafón, trabajando médicamente pero sin exponerse a nada jamás.

En cambio, el rebelde Crow (del que comenzaba a hablarse

demasiado entre los compañeros federales) lo exponía todo en cada situación. En el fondo, era un jugador nato. De dedicarse al póker, hubiera sido terrible.

Yale abandonó molesto el despacho de su jefe. Anderson había hecho una vez más lo acostumbrado. Una semana de tiempo en sí no era nada y de este modo nadie podría criticarle nunca que no hubiera prestado atención al caso del loco del magnetófono, como él mismo lo hacía denominado.

El despacho del inspector Anderson se hallaba ubicado en uno de los grandes rascacielos comerciales del distrito de Wilshire y en la puerta un rótulo rezaba; «CORREDOR DE BOLSA PRIVADO».

Aquel letrero ocultaba una de las oficinas que el

F. B. I.

tenía para contactos con sus agentes especiales del contraespionaje. Presentarse en las oficinas generales del Federal Bureau of Investigation hubiera sido como quedar fichado por cualquier país enemigo.

Yale, Willy Cabot y otros muchos bajo el mando de Anderson tenían totalmente prohibido no sólo revelar su identidad sino acercarse a sus compañeros de la central. Su personalidad debía mantenerse siempre secreta y que un hombre como Yale V. Crow visitara a un corredor privado de bolsa no tenía ninguna importancia.

Descendió en el ascensor principal y salió a la calle dejando atrás el rascacielos comercial.

Tomó su «Chrysler» del *parking* y ascendió la pronunciada rampa de hormigón.

Malhumorado, aunque esto no se advertía en su rostro, disolvió su coche en el farragoso tráfico de la gran ciudad californiana.

Lo primero que debía hacer era ir en busca de Cabot y comunicarle que sería su compañero por una semana en la investigación.

¿Podría ser que los Estados Unidos estuvieran a punto de ser borrados del mapa sin que nadie lograra evitarlo?

Por un instante, casi dudó de su cordura. ¿Tendría razón el inspector Anderson? Si era así, tendría que felicitarle aunque le costara humillar su orgullo.

El padre de la joven y huracanada Pitty vivía en la zona

residencial de Santa Mónica, a veinticinco kilómetros del centro de la urbe.

Allí todo eran chalets de estilo funcional, con grandes cristalerías, jardincillos y terrazas con miradores. Yale se decía siempre qué si alguna vez cometía la locura de colocarse al cuello la soga del matrimonio, escogería uno de aquellos hotelitos como residencia.

Pensó en Pitty. Nada le había comunicado al inspector Anderson sobre la intromisión de la muchacha en aquel asunto. Habría sido peligroso para todos. Probablemente, tanto Cabot como él habrían dejado de pertenecer al departamento de contraespionaje para pasar al de inmigración o estupefacientes, donde la ocultación de la identidad personal no era tan necesaria.

Se acercaba ya al barrio de calles anchas y extensos prados bien cuidados que alegraban la vista y el olfato...

Dio un vistazo al magnetófono que había dejado en el asiento junto a él cuando de pronto un automóvil que le iba detrás trató de rebasarlo por la derecha.

En ademán de protesta, Yale pulsó su claxon creyendo que el conductor debía estar ebrio poco más o menos.

Al llegar a su altura el coche, un «Buick» negro, pudo ver que en él iban dos sujetos muy bien vestidos y que no tenían cara de ir bebidos ni despistados.

—Alguna razón tendrán para cometer esa infracción en el código de circulación —se dijo.

Mas ya era tarde para buscar una explicación.

Uno de aquellos tipos arrojó algo por la ventanilla que cruzó la del «Chrysler», abierta a su vez. Cayó dentro, rebotando en el suelo y yendo a parar junto al pie de Yale.

—¡Diablos, una bomba de mano! —exclamó al reconocer el artefacto que iba a estallar de un instante a otro.

Los del «Buick» apretaron el acelerador hasta el fondo apartándose del «Chrysler» blanco para evitar así ser destruidos también en su propio atentado.

No había tiempo para reflexionar. Con la derecha, asió el magnetófono y con la zurda abrió la portezuela. Se dejó caer al asfalto hecho un ovillo, exponiéndose a que otro vehículo que viniera detrás lo arrollara.

El «Chrysler», sin mando, rechinó de ruedas dirigiéndose contra una robusta farola de hormigón contra la que parecía inminente iba a estrellarse, cuando estalló la granada.

El automóvil reventó como si fuera de hojalata. A los pocos instantes se alzaron voraces llamas que lo envolvieron por completo.

—Cáspita; de buena me he salvado. Si no salto a tiempo, me dejan más frito que a un pollo vietnamita —exclamó para sí al ver su coche siniestrado.

Al ruido de la explosión y el choque final de la chatarra en que se había convertido el «Chrysler» contra la farola de hormigón, salieron los vecinos a la calle para ver lo que ocurría. Fue una mujer la que gritó:

—¡Cuidado, va a matarlo!

Los tipos del «Buick», percatándose de que el atentado no había salido todo lo bien que planeaban debido a la claridad de Yale en tomar decisiones, dieron la vuelta y rodaron lanzados a toda velocidad hacia el federal con la malsana intención de grabarlo en el asfalto.

Con la zurda, Yale sujetó el magnetófono para que no se le escapara y con la diestra empuñó su rápida «Browning» capaz de efectuar siete disparos en un segundo y medio.

Un proyectil sobre el auto que se le venía encima agujereó el parabrisas, pero no pudo comprobar si había hecho blanco o no en uno de aquellos tipos a los cuales había visto fugazmente sin lograr reconocerlos.

La gente gritó, pero Yale, convertido en un rodillo humano, giró sobre sí escapando por décimas de pulgada a los calientes neumáticos que trataban de segar su vida.

Luego, tirado en el suelo, disparó contra las ruedas hasta vaciar el cargador.

Escuchó un ruido característico. Había agujereado uno de los neumáticos y metido el resto de balas dentro del coche, destrozando también su cristal posterior.

Zigzagueando, el «Buick» avanzó todavía un cuarto de milla. Finalmente, se estrelló contra el muro que cercaba uno de los chalets.

Yale se incorporó y pudo ver a uno de los dos sujetos abandonar

el coche.

Un transeúnte intentó acercársele, quizá deseoso de prestarle ayuda, más recibió dos balazos en el pecho que lo dejaron tendido en el asfalto.

—¡Apártense —gritó Yale. Tuvo que arrojar al suelo, pues dos proyectiles lo buscaron.

Cargar la «Browning» le llevó unos instantes preciosos que el asesino aprovechó para correr por una calle lateral.

Con el rostro perlado de sudor, Crow lo persiguió. Antes de doblar por la calle en la que desapareciera el homicida, escuchó el ruido del motor de un coche y luego un disparo de pistola.

Cuando dobló la calle descubrió el cuerpo de un hornero tendido y un auto que se alejaba a toda velocidad.

—¡Maldita sea, ha escapado!

El hombre muerto no era otro que el propietario del coche que acababa de robar el asesino. Al tratar de impedirlo, había pagado con su vida.

Yale masculló por lo bajo. Aquellos miserables estaban dispuestos a todo. Mataban sin piedad, fríamente. Lo más importante para ellos era no ser capturados.

Regresó corriendo al coche estrellado y arrancó el cuerpo del conductor, que se hallaba materialmente empotrado contra el volante con un disparo en la cabeza. Buscó en sus bolsillos con avidez, pero sin éxito.

—Lo suponía, son profesionales. Nada que les delate por si son atrapados...

A lo lejos escuchó la sirena de un coche patrulla de la policía Metropolitana, avisada seguramente por uno de los vecinos que acababan de presenciar el suceso.

«Tengo que escapar», se dijo con la «Browning» en la mano.

Yale sabía muy bien que no debía ser aprehendido por los agentes de la policía. Eran órdenes de la superioridad. Luego ya se aclararía todo entre las altas jerarquías del

F. B. I.

y la Metropolitana. Lo que no podía hacer era dejarse cazar por unos agentes de la policía que lo cachearían y asaetearían a preguntas que en modo alguno podría responder.

Echó a correr en dirección opuesta a la que se aproximaba la

sirena. Nadie se interpuso a su paso tras ver lo ocurrido a los otros dos ciudadanos muertos en plena calle bajo el caluroso sol de Los Ángeles.

Torció una calle y viendo que no había nada con que huir, saltó una verja.

Se escondió tras unos setos, disponiéndose a esperar a que todo pasara y los agentes se alejaran cansados de buscarle.

CAPÍTULO III

Willy Cabot escuchaba atentamente las palabras del magnetófono mientras Crow le observaba.

Cabot rayaba en la cincuentena. No había sido un hombre muy brillante, pero sí metódico y constante. Era uno de los veteranos del cuerpo de contraespionaje, y sin embargo, su identidad no había sido descubierta.

Su apariencia vulgar, algo ventrudo, le daba un aire de pesadez, de caminar lento con sus zapatos chatos muy sudados. Parecía más un vulgar vendedor, como representaba, que un agente federal del contraespionaje.

Cuando la grabación terminó, Yale detuvo el magnetófono y preguntó:

—Un caso interesante, ¿no crees?

—Sí, de veras lo parece. De no ser por la *massacre* ocurrida en la calle, donde dos inocentes ciudadanos han caído a balazos y uno de esos tipos ha muerto, pensaría que es la obra de un perturbado mental.

—¿Qué, no es cierto que pueden hacer desaparecer del mapa a nuestra nación aunque el jefe no lo crea?

—Sí, desde luego. Los muertos habidos demuestran que la cosa no es broma.

—Hay algo más a tener en cuenta, Cabot.

—¿El qué?

—Que si el tipo del magnetófono se comunica con nosotros para ganar sus cinco millones de dólares, en lo último que pensaría es en destruirnos.

—¿Te refieres a que los dos tipos que te han atacado en plena calle no eran precisamente amigos del que ha grabado esta cinta?

—Eso me temo, lo que indica que ya sospechan de él y tratan de impedir que se comunique con nosotros revelándonos lo que

pretende vender.

—Eso quiere decir que debemos darnos prisa si deseamos lograr algo efectivo.

—Eres el segundo hombre que en el día de hoy me habla de prisas.

—¿Quién es el otro?

—¿Quién va a ser? El jefe Anderson, que no quiere saber nada de este asunto.

—Pues se habrá puesto bueno al comunicarle que hay tres fiambres en la Morgue cuando sólo acabas de empezar.

—Estoy esperando una llamada suya para que me diga lo que se ha averiguado sobre el cadáver que quedó dentro del automóvil siniestrado...

—¿Ha de llamarte aquí?

—Sí, y supongo que ya habrá comunicado a las jerarquías de la Metropolitana que dejen en paz este caso, que es asunto federal.

—Pero al *sheriff* del condado no va a gustarle que hayan muerto estúpidamente los ciudadanos. La Prensa habrá comenzado a plantear preguntas y ellos no sabrán qué responder.

—Contestarán como siempre, que no es asunto de su incumbencia.

—Y los muchachos de la Prensa comenzarán a hacer cábalas que si el

F. B. I.,

que si la

C. I. A.,

que si no quieren decir nada para mantener un secreto...

—No pasará nada.

—Mejor así, no me agradaría que me sacaran del departamento de contraespionaje para colocarme como vulgar chupatintas en la administración federal.

—¿Te agrada el trabajo que haces, Cabot? —le preguntó al tiempo que le tendía un cigarrillo.

—Sí, mucho. Sé que no es lucrativo ni popular, que además solo suelo ser un simple intermediario, un contacto, pero me gusta. Podría servir a la sociedad vendiendo aspiradoras o representando zapatos, pero opino que soy más útil defendiendo a mi patria y a la ley en este puesto. Por nada del mundo desearía acabar llenando

impresos, y ya sabes que Anderson tiene ganas de sacarme del departamento para entrar a jóvenes recién salidos de Quántico.

—Puedes estar seguro de que uno de esos jóvenes recién salidos de la academia, que además de agentes recién nombrados suelen ser abogados, físicos, químicos etcétera, no harían el trabajo mejor que tú. Ni pensarlo. Tú posees una experiencia, un sexto sentido, que sólo se adquiere en la práctica.

—Pero Anderson no opina lo mismo. Está cansado de los veteranos.

—Y de los tipos replicones como yo —agregó Yale sonriente tras prender fuego a los cigarrillos—. Anderson quiere jóvenes novatos para poder controlarlos mejor, hacerlos según su modo y sentirse más a sus anchas.

—Pues como tenga un motivo para enviarnos al diablo lo aprovechará «ipso-facto».

—Lo malo es que ahora tiene un motivo para convertirnos, si no en chupatintas, sí en agentes de otro departamento menos peligroso.

Cabot parpadeó inquieto.

—¿Dices que tiene un motivo?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Pitty.

—¿Qué le ocurre a mi hija? ¿Qué tiene que ver en este asunto.

—Pitty es un tornado, aunque de veras que me gusta.

—Bueno, somos compañeros, es más, siempre acabo yendo, a remolque tuyo en los casos. No poseo tu agilidad física ni mental, pero te conozco bien y sinceramente me alegraría ser tu suegro.

—Gracias, Cabot, pero aún no deseo ponerme la cuerda al cuello pese a que Pitty sea la chica más fascinante que he conocido en mi vida.

—A veces pienso lo que será de ella cuando yo desaparezca, y eso puede ocurrir en cualquier instante debido a mi trabajo...

—Vamos, Cabot no te pangas, sentimental. En cuanto a Pitty, te diré que es muy atractiva pero también una perfecta entrometida.

—¿Motivos?

—Ella sabe todo lo que hay en esta cinta, quién soy yo y no tardará en averiguar quién eres tú.

—¿Cómo? —exclamó asombrado aquel hombre de aspecto anodino, pero que tantos servicios había prestado al F. B. I.

Él no había sido quien detuviera a los espías y criminales, pero había ayudado y mucho para que sus compañeros terminaran cazándolos. Sin hombres oscuros como Cabot, la maquinaria de la ley no funcionaría bien.

Crow le explicó lo ocurrido a la salida del Saturno *Night Club* y cómo Pitty se había colocado dentro del automóvil, sorprendiéndole.

—Diablos de chica, lo ha estropeado todo. Y yo que la he mantenido siempre alejada de nuestro trabajo y he jurado y perjurado a Anderson que Pitty nada sabía de mis actividades...

—Bueno, no te apures todavía. Yo le conté una historieta sobre que aquello no era más que una broma de la que nada debía decir.

—¿Y se tragó la píldora?

—No lo sé. Pitty tiene una inteligencia muy despierta y mientras te dice que sí sus ojos brillan de una forma que parece que se está burlando de ti.

—Esperemos que no estropee nada. Hablaré seriamente con ella.

—No lo hagas todavía, Cabot. Insistiremos en lo de la broma y procuraremos también que Anderson no se entere de eso.

—No te cae bien el jefe, ¿eh?

Yale respondió sinceramente:

—Creo que cuando termine este caso, si todo sale bien, pediré mi traslado. Estoy convencido de que los hombres como Anderson frenan la maquinaria del

F. B. I.

Willy Cabot no pudo dar su opinión. En aquel instante sonó el timbre estridente del teléfono que estaba cerca de ellos, sobre una pequeña mesita de madera.

Cabot tomó el auricular. Escuchó brevemente y luego lo tendió a Crow.

—Es para ti.

—¿Anderson?

—Sí.

Yale se llevó el auricular al oído diciendo:

—Soy Crow. ¿Qué hay del tipo que ha sido llevado a la Morgue?

Anderson respondió escuetamente:

—Nada.

—¿No ha sido identificado?

—En absoluto. Carece totalmente de documentación. Sus ropas y zapatos tampoco tienen etiquetas, y no existe ninguna fotografía de él que lo delate, ni siquiera sus huellas digitales están fichadas. Para nosotros es como un recién nacido completamente indocumentado.

—¿Extranjero?

—Podría ser, pero no hay nada que lo afirme. Lo que sí puedo decir es que trabajaba bien para no ser reconocido en caso de que muriera, como así ha sido.

—¿Un espía profesional?

—Es muy posible. Incluso, se le ha radiografiado la dentadura y todos los huesos del cuerpo.

—¿Algún dato?

—Dos muelas postizas, probablemente un contundente puñetazo. Los muchachos pronto comenzarán a hacer preguntas con la fotografía del muerto a todos los dentistas de Los Ángeles, aunque me temo que el trabajo será inútil.

—Yo tampoco creo que lo encuentren por ese sistema. Si es extranjero puede haberse arreglado los dientes en otro país.

—Opino lo mismo que usted aunque sea por una sola vez en mi vida, pero hemos de hacer cuanto sea posible por cazar a ese tipo que huyó tras matar a dos hombres.

—Y estar a punto de enviarme a mí al infierno.

—Lo importante es averiguar por qué quería matarlo a usted, Crow...

—Creo que es fácil de suponer.

—Yo no lo veo tan claro.

—Yo sí. Quería eliminarme para que no siguieran adelante en el asunto del magnetófono.

—Eso es una tontería, no creo que tenga nada que ver una cosa con la otra. Ese tipo averiguó que usted es un federal del contraespionaje y que había que eliminarlo por algún motivo que usted se ocupará de aclarar y... —De pronto, Anderson escuchó un «clic» y se puso a gritar—: ¡Crow, Crow! ¿Qué me ha colgado?

Más no obtuvo respuesta.

En casa de Cabot, éste preguntó a Yale:

—¿Qué te ha dicho el jefe?

—Las tonterías de costumbre. Le he colgado.

—¿Quéé?

—Lo que has oído. Sigamos adelante con el caso del loco del magnetófono. A través de él encontraremos al compañero del que yace en la Morgue.

—¿Estás convencido de ello?

—Sí, me juego el cuello. Lo que no comprendo es cómo se han enterado tan pronto de que el tipo del magnetófono les ha traicionado y cómo me han localizado.

Pitty se cepillaba su cabello ya de por sí lacio, con ligero nerviosismo mientras se observaba en el espejo del tocador de su camerino.

En su boca carnosa lucía una sonrisa entre irónica y suficiente.

—Se ha creído que me ha hecho tragar el anzuelo de que sólo se trataba de una broma...

Contra lo que todos suponían, Pitty conocía las actividades de su padre. Lo había descubierto por sí misma, siguiéndole una vez.

Pitty se decía que quizá algún día ella también perteneciera al F. B. I.,

aunque de momento prefería cantar y divertirse al son que marcaba su juventud.

Sin embargo, la música ligera, el escenario y los aplausos de quienes la seguían no la llenaban totalmente. Era una mujer demasiado inquieta interiormente y quizá, sin saberlo, había heredado de su padre el amor al riesgo.

Ahora, habiendo descubierto a Yale, tenía una oportunidad de seguir adelante y acabar averiguándolo todo. A ella también le agradaría ser agente y con la ayuda de los dos hombres lo conseguiría. Más, de pronto, tendría que seguirles la corriente y rastrear a Yale, No iba a costarle, pues se sentía poderosamente atraída por su virilidad, por su fuerza y atractivo, por la seguridad que irradiaba de él.

Miró su reloj. La hora convenida se acercaba. Faltaba muy poco para que sonara el claxon del automóvil de Yale V. Crow si es que éste seguía las instrucciones marcadas por la cinta magnética.

Ansiosa por saber si el Gobierno se interesaría en aquella extorsión de cinco millones de dólares hecha a cambio de la

liberación del desastre total, abandonó su camerino.

En el pasillo tropezó con Wiredson, el director de escena, que le advirtió:

—Te faltan cinco minutos para intervenir, Pitty.

—Lo sé. Salgo un momento a tomar el aire.

—No te entretengas firmando autógrafos a esos gorilas que tienes por seguidores.

—Esos gorilas pagan su entrada al club, ¿no es cierto? —le preguntó a modo de recriminación por su actitud despectiva.

—Sí, pero siempre a base de la consumición mínima y así no se hace negocio, nena.

Se alejó de la bella Pitty, ataviada con un vestido que más parecía un cortísimo camisón de color rosa con dibujos plateados.

Salíó por la puerta de artistas que, discretamente, por entre unos setos, daba al lado sur del *parking* particular el Saturno.

Desde allí, media oculta por las plantas, se dispuso a observar lo que sucedía. De pronto, empezó a sonar un claxon estridentemente.

No cabía duda de que pertenecía al coche de Yale Crow, pues vio a éste pese a que el auto era distinto. Pitty no había pasado por su casa a comer ignoraba lo ocurrido.

Se sonrió pensando:

«El Gobierno ha decidido pagar los cinco millones de dólares».

Lo que Pitty desconocía es que apenas habían prestado atención al asunto del enigmático sujeto del magnetófono.

Escuchó un leve ruido tras de sí. Se sobresaltó y volvió la cabeza con la esperanza de que fuera uno de sus compañeros del club mientras el estridente claxon continuaba sonando. Yale permanecía impassible junto al coche mientras el guarda del *parking* le pedía que silenciara la bocina.

Vio un rostro desconocido que sonreía cínicamente.

—Hola, Pitty.

—¿Quién es usted? —De pronto, su mente se iluminó. Gracias a los datos de la vendedora del club lo reconoció exclamando—: ¡Es el del magnetófono!

Quiso gritar, pero una pequeña esponja empapada en un anestésico fue aplicada a su nariz y boca mientras el brazo del hombre la sujetaba con fuerza.

Sus rodillas no tardaron en doblarse, sus ojos se nublaron y no

tardó en convertirse en un cuerpo inerte que el hombre de sonrisa cínica sostuvo entre sus brazos.

A los dos minutos justos, ante el rostro disgustado del vigilante, el claxon dejó de sonar.

Pitty fue arrastrada por detrás de los últimos coches. Luego, su raptor se detuvo tras un portaequipajes.

—Pronto estaremos lejos de aquí, preciosa —dijo con su leve acento extranjero que sólo podría captar un buen conocedor de la fonética.

Hundió una llave en el portaequipajes y lo levantó cuidadosamente para que ningún ruido le delatara. Introdujo a Pitty en el portamaletas y luego lo cerró, sentándose ante el volante. Sólo se marcharía cuando viera el campo libre.

Yale miró en derredor sin descubrir a nadie. Permaneció unos minutos en el *parking* y al fin se dirigió al club. En los lavabos del mismo se cruzó con un hombre que, en apariencia, se estaba lavando las manos.

—La señal está dada, Cabot. El tipo que buscamos creerá que el Gobierno se halla dispuesto a negociar con él, pero habrá que ir con cuidado para que no recele que todo es una trampa, que nadie va a darle ni un centavo.

—Si de veras pueden destruir la nación, tal como amenazan, será mejor que no se entere.

—¿Has visto algo anormal?

—No, y tampoco a nadie que correspondiera a las señas que me has dado.

—Sin embargo, debería estar cerca para escuchar la señal. En fin, tendremos que esperar a que dé señales de vida. Voy a ver la actuación de Pitty.

—Yo continuaré husmeando por si me topo con ese tipo del magnetófono.

Yale V. Crow subió a la sala cuando precisamente el anunciador vertía sus palabras por el micrófono del escenario.

—La empresa ruega disculpen la ausencia por esta noche de la hermosa y atractiva Pitty. —Hubo un murmullo de decepción, algunos pateos de protesta, y Wiredson se apresuró a añadir—: Por hallarse indispuesta. Ahora, seguidamente, podrán admirar a...

Yale no escuchó más, se había quedado perplejo. ¿Pitty, la

saludable Pitty, indispuesta?

Tuvo una corazonada y se dirigió a los camerinos del club pasando por la puerta que daba a los jardines. No tardó en hablar con Wiredson, que parecía muy disgustado.

—¿Dónde está Pitty?

—¿Y yo qué sé? A mí me gustaría saberlo —gruñó.

—Pero ¿no ha dicho que se hallaba indispuesta?

—Sí, eso he dicho, porque no podía hacer otra cosa. Esas niñas de hoy en día no tienen palabra ni tienen nada. Hace un momento le he avisado que faltaban breves minutos para su actuación. Se va a tomar el aire y no ha regresado.

—¿A tomar el aire ha dicho?

—Sí, en dirección al *parking*, por ahí, y si la encuentra díglele que... —Iba a añadir que no volviera por allí pero se contuvo. Pitty le interesaba mucho todavía—. Bueno, díglele que si vuelve a hacerme esta jugada la despido. El público ha pagado para verla y si esos gorilas que tiene por «fans» me rompen las sillas y las mesas se lo cobraré a ella de su contrato. ¡Ya lo creo que se lo cobraré! —Refunfuñando, se alejó.

Yale, con el ceño fruncido, se dirigió al *parking*.

Allí no había nadie, pero en la última hilera de automóviles pegados contra los setos descubrió que faltaba uno. Aquello le pareció demasiado significativo.

CAPÍTULO IV

Cuando Pitty comenzó a recuperar el sentido, movió la cabeza y se quejó débilmente.

—¿Despierta ya, Pitty Cabot?

La muchacha, totalmente despierta, quiso abrir los ojos, pero una fuerte venda le oprimía los párpados cegándola. Quiso arrancársela, pero sus manos estaban sujetas por las muñecas a las patas posteriores de la butaca en que se hallaba sentada.

Intentó levantarse y no pudo. Sintió miedo, mucho miedo, e hizo un esfuerzo sobrehumano para impedir que sus hermosas rodillas, al descubierto por el cortísimo vestido, entrechocaran temblorosas.

—¿Quién es usted? ¡Déjeme ir, déjeme ir!

—Vamos, vamos Pitty Cabot, no se asuste. No soy ningún sádico asesino, estupro ni nada que se le parezca. Sólo soy un hombre que aspira a vivir bien, que quiere olvidarse de los líos de la guerra caliente y de la fría. Sólo deseo vivir cómodamente con algo de dinero en un país pequeño donde haya paz, mucha paz.

—¿Y qué tengo yo que ver con usted, con sus planes?

—Mucho, porque usted, señorita, sabe de mí, de mis pretensiones. Además, es la hija de uno de los dos agentes que van a tratar conmigo —dijo espontáneo el hombre.

—Yo no sé nada, déjeme ir.

—No tema, Pitty Cabot, no voy a hacerle daño a menos que me obligue. Sólo soy un hombre que, por su profesión, se ha visto envuelto en el proyecto más ambicioso imaginado por la humanidad en cuanto a belicismo se refiere.

—Pero ¿de dónde es usted?

El hombre rió por lo bajo. Pitty, pese a tener los ojos tapados, captó la sonrisa.

—Las preguntas las hago yo, Pitty, sólo yo. No soy violento, ya se lo he dicho, por eso me repugna que muera tanta gente.

—Pues diga de una vez lo que sucede y en paz.

—¿Así de fácil? No, no, claro que no. Si lo dijera sería hombre muerto. Bueno, ahora ya tengo dificultades. Por lo visto, se han dado cuenta de mi traición. Por supuesto, yo no voy a matar a nadie, pero si evito que muera gente enemiga de mi país es lógico que por lo menos me recompensen.

—¿Con cinco millones de dólares?

—¿Lo ve cómo sabía de mí, Pitty Cabot?

—Me dijeron que se trataba de una broma, pero vea que usted está loco.

—No estoy loco, sólo soy práctico. Sé mucho de algo que interesa y quiero dinero por ello para vivir en paz el resto de mi vida.

—Sí, pero si llega a cobrar ¿cree que los agentes de su país le van a dejar tranquilos después de traicionarlos?

—Ya me las arreglaré, lo tengo todo previsto; pero necesito el dinero, naturalmente. Luego, nadie me encontrará.

—¿Cirugía estética?

—Las mujeres siempre tienen un especial instinto para olfatear y acertar. En fin, para qué ocultarlo. Pitty Cabot, yo no le deseo ningún mal a su país ni a ningún otro; soy un hombre democrático pese a que puedan llamarme comunista.

—Si quiere todo el dinero para usted, de comunista nada.

—Bueno, yo no pienso repartir los millones que voy a ganar jugándome la vida. He trabajado en el proyecto más destructivo que se haya podido imaginar y si se pone en marcha, sus conciudadanos no tendrán solución.

—¿Y por qué quiere evitarlo, si al fin y al cabo su país vencería en esa especie de guerra que anuncia y usted, como uno de los primeros colaboradores a la gran victoria, sería fuertemente recompensado?

—¿Con medallas? Bah, no sirven para nada. ¿Con un carnet para tener una casa algo mejor con coche y algunas cosillas más? No, no. Con cinco millones de dólares puedo obtener mucho más y si sé manejarlos, los haré crecer. A mí me gusta más el mundo como está, con sus cosas buenas y sus cosas malas. No soy de los que pretenden una igualdad total que sólo es una utopía, pero ¿para que explicarle más sobre mis planes?

—Porque necesita hacerlo. Se siente solo.

—Una vez más el olfato femenino, ¿eh?

—Sí. Los hombres solos, acorralados, son peligrosos como elefantes viejos o lobos rechazados de sus manadas.

—Bueno, es cierto que ya no me atrevo a regresar con los míos. Después de lo ocurrido no tardaría en estar bajo seis pies de tierra. Sé también que ya me estarán buscando aunque he tomado mis precauciones.

—¿Y no teme que lo encuentren?

—Sí, ya lo creo. Ellos intentarán cazarme cuando me acerque a Yale V. Crow, el contacto que he elegido para mi oferta. Tratarán de impedir que hable por todos los medios, es más, si nos descubrieran aquí ahora, yo no podría garantizarle la vida a usted. La matarían fríamente sin piedad. Ellos no perdonan.

Pitty, que sostenía aquel diálogo, pese a tener los ojos tapados y las manos atadas se sentía más tranquila. Tras razonar preguntó:

—¿Y no teme que sabiendo que hay un traidor que puede delatarles cambien todos los planes? Me refiero a lo que usted puede decir a mi Gobierno.

—Inteligente chica, sí señor, pero esta vez no ha acertado. Ellos ya no pueden cambiar los planes, han de seguir adelante, ahora más aprisa que nunca porque el tiempo es oro.

—¿Y por qué no pueden cambiarlos?

—Porque, ha costado mucho montar esta fabulosa operación, «Sodoma-Gomorra». No son planes, sino hechos. Mucho trabajo, mucho dinero invertido. Le diré más Pitty Cabot. Soy un ingeniero nuclear y por ello he venido a los Estados Unidos a trabajar.

—¿Por qué me lo dice?

—Porque usted se lo contará a Yale V. Crow y a su padre. Como le decía, ya no se puede retroceder, hay que ir adelante y aprisa. Ahora, acelerarán todos los trabajos, y si concluyen antes de que los federales logren descubrir el plan, la operación «Sodoma-Gomorra» será un hecho que aterrorizará al mundo entero. Mi nación será la dueña del mundo y es una lástima que yo no esté de acuerdo con mis superiores. A mí no me agrada una tierra tal como ellos la imaginan.

—Pues que Dios le bendiga si es cierto lo que dice.

—Yo no creo en Dios, Pitty Cabot, y por supuesto, mucho menos

en los hombres. Sólo creo en el dinero, ya se lo he dicho. Estoy perdido, mis compatriotas saben que soy un traidor, pero pese a todo, si no hay dinero no abriré la boca y ustedes perderán. Ah, sí me siento acorralado, utilizaré todas las armas de que dispongo y estoy bien pertrechado, se lo aseguro. Usted me ha comparado con un elefante viejo o un lobo solitario, pero será peor, mucho peor que una manada de elefantes o una jauría de lobos hambrientos. Escupiré plomo y fuego hasta que agote mi pequeño arsenal que he tenido la precaución de ir acumulando. Ah, también tengo algunos dólares que ofreceré a hampones que por dinero no les importe malar, lo que sí les pediré es que sepan utilizar bien sus armas. ¿Comprendido?

—Se encuentra en una situación desesperada y comprendo lo que dice, pero sería mucho mejor que nadie muriera y que todo se arreglara pacíficamente.

—Eso es difícil, Pitty Cabot. El jefe Anderson no parece dispuesto a dar el dinero. Es preciso que lo convenzan en un plazo corto o todo se habrá perdido.

—¿Quién es el jefe Anderson?

—Ya lo sabrá, no se preocupe. Es necesario que sepan que no soy tonto y que no voy a tragarme ninguna clase de trampa para que me capturen y hagan hablar por simple presión, drogas o torturas físicas. No, no me dejaré atrapar. Sería el hombre más estúpido de la tierra si eso sucediera.

—¿Cómo se entera de todo?

—Eso es cosa mía, ya le he dicho que hace demasiadas preguntas. Ahora verá unas transparencias muy interesantes.

Pitty escuchó un ruido que identificó como el corrido de unas cortinas. Luego, el apenas perceptible clic de un conmutador al ser girado y un leve ruidillo que identificó como el ventilador de un proyector de diapositivas.

Las manos del hombre le quitaron la venda que cubría sus ojos. Pitty parpadeó con fuerza. Frente a ella, a poca distancia, una pantalla blanca iluminada por el cono de luz que brotaba del proyector ya puesto en marcha, pero sin ninguna transparencia ante la lente.

Pitty trató de ver al hombre girando su cabeza, pero apenas vio su silueta. La estancia se hallaba a oscuras y sólo podía distinguir la

pantalla. Por otra parte, los ojos le dolían.

—No trate de ver nada más que la pantalla, no iba a conseguirlo —advirtió la voz cínica del hombre.

El cono de luz blanca se tornó polícromo y en la pantalla se reflejó la diapositiva.

Pitty vio en la pantalla algo que le pareció un laboratorio electrónico. No había ningún ser humano y todo aparecía muy limpio y nuevo. En el suelo había una hilera de anchos ladrillos que comenzaba a alzarse como si pretendieran ocultar aquel complejo electrónico construyendo una pared.

—¿Qué significa esto? Le advierto que sólo soy cantante y no entiendo de máquinas.

—Por poco que entienda, es una chica moderna y podrá darme una opinión sobre lo que ve.

Pitty se fijó en tres cajas metálicas que habían a la derecha, de un par de pies de largo por uno de alto. Un hilo de cables de distintos colores se enlazaban entre sí y de una de las cajas brotaban más cables para unirse a un gran cilindro central meticulosamente pintado y que Pitty no supo de qué material estaba confeccionado. Tendría casi cuatro yardas de largo por unos tres pies de diámetro. Del otro lado del cilindro partían más cables que se unían a tres cajas metálicas semejantes a las primeras.

—No sé, parece una computadora electrónica.

—No está mal, eso es lo que puede decir cualquier persona normal y corriente. Sí, parece un cerebro electrónico, pero es algo más bélico, más maligno, diría yo.

—No entiendo.

—Le diré simplemente que lo que está viendo es una bomba de hidrógeno.

—¿Quéee?

El hombre rió ante aquella exclamación de auténtica sorpresa.

—Por supuesto, no es la bomba «H» convencional que podría lanzarse desde un reactor dentro de un misil teledirigido. En ese caso, tendría que ser obligatoriamente cilíndrica para su mejor transporte y movimientos direccionales. No, aquí no es necesario que tenga una forma preestablecida. Fíjese en el cilindro central, es la bomba en sí. Esas seis cajas están repletas de mecanismos electrónicos que provocarán la fusión en los núcleos de hidrógenos

colocados convenientemente dentro del cilindro, y por poco que sepa, comprenderá lo que esto significa.

—Pero ¿por qué está emparedada esa bomba? No entiendo.

—Fíjese primero en estas otras diapositivas y luego comprenderá.

Aquel hombre pasó varias diapositivas más. Pitty opinó:

—Parecen las mismas.

—Pero son distintas. ¿Se ha fijado en las paredes, la colocación, los lugares en sí que son diferentes?

—Sí, ya he visto.

—Pues bien, son seis en total. Por ahora, claro.

—¿Seis bombas de hidrógeno?

—Exactamente, seis bombas de hidrógeno que están siendo montadas cuidadosamente en su querida nación: Los Ángeles, San Francisco, Chicago, Nueva York, Washington, Nueva Orleans.

—No estará insinuando que van a volar esas ciudades con bombas de hidrógeno, ¿verdad?

—Exactamente. Cada uno de esos ingenios está destinado a destruir la ciudad que le ha tocado en suerte provocar el terror en mil millas a la redonda. Además, todos ellos están unidos por un sistema de ondas que sólo oprimiendo un botón en alguna parte del mundo, no importa cuál, se pondrán en marcha todos los elementos y estallarán al unísono arrasando al país más próspero de la tierra.

—¡Eso es espantoso, no puede ser!

—¿Y quién va a impedirlo? —preguntó el hombre siempre oculto en las sombras, aunque Pitty recordaba bien su rostro.

—Hay una defensa. Se invierten muchos millones para la defensa antinuclear.

El hombre lanzó una carcajada sonora. Luego observó:

—Los millones de dólares que se gastan son inútiles para esta situación. No podrán detectar esos ingenios ni nucleares al acercarse a cada una de las ciudades simplemente porque ya están en ellas y en el sitio justo, calculado matemáticamente, para que pueda hacer más daño, para que no, quede ningún edificio en pie.

—¡Imposible!

—¿Por qué, porque es fantástico?

—No pueden haber entrado todas esas bombas en nuestro país aunque haya sido en formas distintas a las usuales. Los puertos

marítimos y aéreos están controlados.

—Sigue equivocándose, Pitty Cabot. Todas esas bombas han sido construidas aquí en su propia nación y muchos de los elementos por compatriotas suyos que en realidad ignoraban para qué iban a servir. Sólo las partes más delicadas y los elementos de fisión han sido cosa más secreta y no voy a contarle cómo fueron entrados en la fábrica que ha construido estos ingenios nucleares que luego han sido instalados en sus lugares de destino. Ahora están acabando de ser montados y se realizan las pruebas de los circuitos para la comprobación de las radio ondas que han de hacer estallar los ingenios al unísono. Pronto estará todo completo y será el fin de los Estados Unidos, pronto si no se deciden a pagarme cinco millones de dólares.

—¿Y qué hará entonces?

—Revelar exactamente dónde están colocadas todas y cada una de las bombas que esperan el momento de convertir en cráteres las más hermosas ciudades. Tenga en cuenta que su fuerza devastadora multiplica la de las bombas que ustedes lanzaron en Hiroshima y Nagasaki.

—Pero, si se le paga ese dinero que pide, se llevará tempo en inutilizar las bombas.

—Sí, por supuesto. Queda poco tiempo y eso lo sabe usted, yo y mis compatriotas que, como ya le he dicho antes, se darán prisa en terminar, ya que al descubrirme saben que soy una amenaza para ellos.

—¡Por favor, no espere a que eso suceda! Coja el teléfono y declare lo que sabe, evitará la *massacre* más grande de la humanidad. Tiene el deber moral de hacerlo.

—Yo no tengo moral, no lo olvide. En cuanto a declarar antes de cobrar, no estoy loco. Entonces se olvidarían de mí o en el supuesto de que me encontraran, en vez de agradecérmelo me meterían en la cárcel por espía y saboteador.

—¡Su declaración serviría de atenuante!

—Es inútil que siga hablando. Me dan el dinero en la forma que diga o no hay trato. Recuerdos a sus amigos, creo que es muy necesario que les explique todo lo que ha visto. Si la he escogido a usted es porque me ha parecido menos peligrosa de tratar y a la vez espero que será convincente para que lleguemos a un acuerdo.

Pitty quiso insistir moralizando para evitar aquel desastre que se avecinaba pero no pudo. Sintió un pinchazo en el brazo y un fuerte sopor la invadió.

Poco después, dormía fatigosamente.

CAPÍTULO V

El «Mercury» de segunda mano que Yale Crow se había comprado tras la destrucción de su «Chrysler», rodaba veloz hasta el rascacielos donde se ocultaba el inspector federal para tomar el contacto con sus hombres más allegados.

Dejó el «carro» en el *parking* subterráneo. Por el ascensor subió al piso decimoséptimo y mientras salía del camarín se preguntó:

«¿Qué diablos querrá el jefe con tanta urgencia?».

Pulsó el timbre de la puerta donde rezaba: «CORREDOR DE BOLSA PRIVADO» y cuando ésta se abrió, sin pensarlo un instante, se introdujo en la oficina.

De detrás de la puerta apareció el cañón de una automática «Skoda» que se hundió en sus riñones.

—Quieto y arriba las manos.

—Recibimiento inesperado —observó Yale.

El tipo que le encañonaba por la espalda no supo lo que sucedió. En cuestión de brevísimos instantes, su pistola se desvió, la mano le dolió como si le acabara de pasar una apisonadora por encima y luego fue elevado en el aire como un cohete propulsado.

Pasó por encima de la cabeza del ágil federal y fue a parar al interior del despacho del jefe Anderson.

—Una demostración espléndida, señor Crow —saludó un hombre que pese a lo ocurrido sonreía seguro de sí.

Tres sujetos bien trajeados surgieron del interior del despacho, encañonándolo sin darle posibilidades, no sólo de defenderse, sino de sacar su arma.

—Trabajo inútil el mío, ¿verdad? —preguntó mientras dirigía sus manos hacia el bolsillo.

—No cometa un error, señor Crow. Si trata de sacar su pistola, mis hombres le pondrán ojales en el pellejo; lástima que sólo serviría para el entierro.

—Sólo pretendía sacar mis cigarrillos. Presumo que vamos a tener que charlar amigablemente.

—Sí, claro —admitió el más bajito de aquellos visitantes, que no parecían hampones.

Se acercó a Yale, y cuidadosamente, pues no quería que le ocurriera lo mismo que a su compañero, le quitó la «Browning», entregándola a su jefe.

—¿Ahora ya puedo fumar?

—Sí, naturalmente. Me agrada usted, señor Crow. Es un hombre que no pierde los nervios aunque la situación se ponga difícil.

Yale no contestó inmediatamente. Sacó un pitillo, lo puso entre sus labios y le prendió fuego como si le importara muy poco estar encañonado.

Aspiró el humo, escogió tana butaca y se sentó, comenzando a fumar como si fuera él quien dominara la situación.

—¿Nos conocemos de algo?

—Hasta ahora no, pero gracias al azar hemos descubierto esta guarida del

F. B. I.

y con ella a usted, a Willy Cabot y al inspector Anderson.

—¿Y cómo lo han averiguado?

—Eso es asunto nuestro —replicó el jefe de aquellos hombres armados. Un hombre de ojos demasiado pequeños para ser normales, pero de mirada aguda, penetrante, como dos haces de rayos Láser.

—Bien, eso lo tendré que averiguar yo. Por el momento creo que estoy en desventaja. Ustedes han descubierto esta guarida y yo no conozco la suya, ni siquiera su identidad o nacionalidad, aunque presumo que tienen algo que ver con el telón de acero.

Aquel hombre, que omitía pronunciar, no sólo su nombre sino los de sus compañeros, entre los cuales Yale no conoció al que huyera, propinó una patada a su subordinado que comenzaba a incorporarse tras haberse dejado sorprender por Yale.

Sin decirle nada más, mientras el otro gruñía, se sentó en el borde de la mesa y objetó:

—No va a sacarnos nada, amigo Crow. En cambio, nosotros vamos a conseguir lo que nos interesa.

—¿Ah sí, cómo? —preguntó echando el humo a la cara de su

interlocutor, lo cual le costó un puñetazo en la oreja asestado por uno de los subordinados.

—Mis muchachos suelen ser un poco rudos cuando mis amigos no son muy corteses.

Yale hubiera querido devolver aquel golpe a traición, pero el frío contacto del cañón de una pistola le hizo desistir.

—Lo tendré en cuenta. Ahora dígame cómo piensa salirse con la suya.

—¿No me pregunta por el jefe Anderson?

—No me diga que lo tiene dentro de un armario, bien atadito y amordazado.

—Crow, no sé si es usted un irónico o un cínico, pero sí sé que se avendrá a razones para salvar al inspector Anderson de algo desagradable que pudiera ocurrirle.

—¿Y si les dijera que no me cae simpático el jefe Anderson?

—Lo sabemos.

—Ustedes saben mucho.

—Lo que nos hace falta, Crow. También sabemos que aunque no le caiga simpático el inspector Anderson usted hará todo lo posible, incluso arriesgará su vida, para que nada le ocurra. ¿Me equivoco?

—¿Para qué rebatirle nada si lo sabe todo? Claro que es conveniente no olvide que si tengo que elegir entre la vida de una persona frente a otra o varias más, no voy a ser fácil de convencer.

—No le vamos a plantear problemas de conciencia, sólo nos interesa una cosa muy simple.

—Si voy a ser el primer actor en esta comedia supongo que podré conocer cuál es mi papel.

—Por supuesto. Usted nos pondrá en contacto con Taklary.

—¿Y quién es Taklary?

—No se haga el idiota, Crow, no me agrada el juego del tonto y menos cuando tengo prisa. Sabe perfectamente que Taklary es el tipo del magnetófono.

—Diablos, ya voy conociendo algo más de este caso. Por cierto, ¿fue uno de sus hombres el que me puso el bombón dentro del coche para que me convirtiera en fiambre, verdad? Bueno, fiambre recalentado, porque el coche ardió que se las pelaba.

—Tuvo usted suerte al escapar con vida. Es un hombre listo, astuto y ágil.

—Esos adjetivos, viniendo del enemigo, son muy halagadores —
aceptó Yale.

—Sí, pero ya no se pasará más de listo. Recuerde a Anderson.

—¿Y qué ha ocurrido ahora, han cambiado de planes?

—Pues sí. Ahora sólo queremos una cosa.

—¿Qué?

—Que nos ponga en contacto con Taklary.

—Supongo que será para felicitarlo, ¿no?

—Eso no le incumbe. Es asunto nuestro.

—Vamos, vamos, el tal Taklary les ha salido rana. Lo han descubierto y ha dado un salto que no lo han podido seguir. Ahora no saben dónde se encuentra y esperan que se lo diga yo cuando ignoro completamente dónde se esconde.

—Lo suponemos. De lo contrario estarían empleando todos sus métodos para hacerlo hablar.

—Entonces, ¿cómo pretenden que les revele dónde está?

—Eso será cuando él se ponga en contacto con usted con el deseo de cobrar los cinco millones de dólares.

—¡Ah! ¿también lo saben?

—Sí, ya le he dicho que sabemos muchas cosas, por ello es bueno que no se le ocurra nada para engañarnos; saldría perjudicado.

—Bien. Cuando les ponga en contacto con Taklary, ¿qué harán? ¿Pegarle un tiro en la nuca y asunto resuelto?

—Señor Crow, él no se pondrá en contacto con nosotros sino nosotros con él a través de usted.

—¿Quiere decir que yo seguiré actuando como si nada pasara?

—Exactamente. Es más, usted le ofrecerá sin recelos de un modo claro y rápido, los cinco millones de dólares que él pide.

—¿Y de dónde voy a sacar yo ese dinero si ustedes tienen a Anderson y él es quien debiera solicitarlo al Gobierno de Washington, aunque por otra parte no creo que lo soltaran?

—El dinero correrá por nuestra cuenta.

—No me diga que van a proporcionármelo ustedes.

—Es precisamente lo que haremos. Usted seguirá la corriente a Taklary, se interesará por su ofrecimiento y luego le llevará el dinero. Nosotros nos encargaremos de toparnos con él en el momento preciso.

—¿Y qué sucederá con el dinero si Taklary, en un accidente, aunque eso de accidente es mucho suponer, se muere?

—Si es usted listo, puede quedarse con los cinco millones —rió aquel sujeto que no quería identificarse.

—Parece un negocio bastante sucio. Huele mal, pero...

—Puede resultar fructífero —agregó el individuo de ojos penetrantes.

—¿Y si me negara?

—No creo que fuera tan estúpido. Usted es un profesional del contraespionaje y ¿sabe lo que podría ocurrirle aquí ahora mismo?

—¿Quiere decir que me liquidarían después de haberme sonsacado?

—En efecto —hizo una breve pausa y añadió—: Asimismo, el inspector Anderson hallaría una muerte fea pero antes habría dejado una carta firmada acusándolo a usted.

—¡No me diga...!

—No ignoramos que el jefe Anderson es un hombre íntegro, pero ¿se pueden hacer tantas cosas con la voluntad de un hombre cuando se le han inyectado drogas! Usted entiende, ¿verdad?

—Sí, claro. En fin, me temo que no me queda otro remedio que aceptar este trabajo, máxime cuando hay cinco millones de dólares por el medio.

—Es usted listo, Crow, y espero que lo siga siendo en adelante. Estoy seguro de que colaborará.

—Naturalmente. ¿Me queda alguna otra salida?

—Ninguna, claro. —Tomó la «Browning» del federal, le quitó las balas y se la devolvió—. Es para que no tenga ningún mal pensamiento mientras nos alejamos. No le serviría de nada, somos más de los que está viendo aquí.

—Comprendo. —Se guardó la pistola descargada entras se ponía en pie—. ¿Cómo me comunicaré con ustedes?

—De ninguna forma. Nosotros lo seguiremos de cerca y estableceremos contacto con usted cuando nos interese. De todos modos, por si surgiera una urgencia...

—¿Qué? —apremió Yale mirando a los dos hombres que había tenido tras él mientras permaneciera sentado en la silla.

—Encienda cinco veces consecutivas la llama de su mechero o un fósforo delante de su cigarrillo, pero no encienda éste y arrójelo

al suelo después. Será la contraseña.

—Comprendido. Entonces, uno de ustedes aparecerá a mi lado como arte de magia.

—Todo es posible. Ahora, le dejamos en esta oficina que en ausencia de su jefe debe ser su despacho, interinamente —puntualizó socarrón.

—Muy amable. Ah, me descuidaba esto.

Yale dio un fortísimo puñetazo en medio de la oreja del tipo que tenía a la izquierda y ligeramente atrás. Le proyectó contra la pared, derribándolo.

Todos se pusieron en guardia, pero Yale, después del puñetazo, seguía fumando sonriente.

El que había encajado el durísimo puñetazo se incorporó rápidamente con la oreja tan roja como si se la hubieran pintado con sangre de toro.

Con ojos llenos de rabia miró al norteamericano disponiéndose a saltar sobre él.

—Quieto, estúpido —ordenó el jefe.

Yale, entre bocanada y bocanada, aclaró:

—No es que tenga nada de particular contra él, simplemente le he devuelto lo que se le ha escapado antes.

—No se pase de listo o le pesará, se lo advierto —gruñó amenazador el tipo de los ojos penetrantes. Luego, a una seña suya, todos abandonaron el despacho.

CAPÍTULO VI

Willy Cabot miró preocupado a su hija, la cual se hallaba sentada en un sillón con aspecto fatigado.

—Cuanto me has contado es horrible, hija —exclamó con aire sombrío.

Escucharon un leve ruido tras ellos. Se volvieron rápidamente y en el umbral de la puerta correspondiente a la habitación de Pitty apareció Yale.

—¿Por dónde has entrado? —inquirió Willy Cabot, perplejo.

—Es que he decidido tomar muchas precauciones cuando vaya de visita.

—¿Qué ocurre? —inquirió Cabot.

—¿No has oído esa frase famosa que dicen los comandantes de un fuerte cuando están destruidas las fortificaciones, medio muertos los soldados y el general les pregunta por radio cómo están? Siempre responden: «Sin novedad, mi general».

—Déjate de acertijos. Yale. Tenemos mucho que hablar.

—Bueno, ya te contaré luego. La situación se ha puesto difícil.

—Puedes hablar delante de ella —observó Willy Cabot—. Sabe más que nosotros.

—¿Sí? Por cierto, Pitty, ¿cómo desapareciste del Saturno?

—Verás, Yale, fui raptada por el loco del magnetófono como le llamáis.

—Ya no es necesario llamarle el loco del magnetófono, tiene un nombre. —Hizo un ademán de silencio, cruzándose los labios con el dedo y acercándose a Willy Cabot le preguntó—: ¿Dónde está el magnetófono?

—En mi caja fuerte.

—Bien, así no hay peligro. —Aquí traigo otro—. Mostró un magnetófono tipo *cassette* que traía envuelto en un periódico.

—Mi hija ha traído una cinta grabada por ese tipo —observó

Cabot.

Yale se acercó a la muchacha. Poniéndole la mano en el hombro preguntó grave:

—¿Te ha sucedido algo malo? Me refiero a si ese sujeto ha intentado molestarte en lo personal.

—No —denegó ella—. No es un vulgar hampón. Es un ingeniero nuclear muy educado, y frío a la vez. Dice que sólo desea vivir bien y para ello necesita dinero. Sólo me durmió para llevarme a, una habitación y luego volvió a dormirme para sacarme de ella. Al despertar me hallaba en Santa Mónica.

—¿No hay forma de averiguar dónde estuviste, hija? —inquirió Cabot.

—A mí me es imposible deducirlo. Los viajes los he hecho completamente dormida.

—Mala suerte —suspiró Cabot.

—Bueno, creo que es momento de que me expliques cuanto ha sucedido, Pitty. ¿Por qué te ha raptado?

Pitty respondió a la pregunta de Yale relatándole cuánto había visto y oído. Al terminar, Yale preguntó incrédulo:

—¿No estarías inmersa en una pesadilla causada por las drogas cuando viste esas bombas de hidrógeno?

—Te juro que no. Las vi claramente, podría decirte con exactitud cómo son, me acuerdo de todo.

Yale se acomodó en el brazo del sofá. Reflexivo dijo:

—Es el proyecto más audaz que ha podido imaginar el hombre hasta nuestro días: fabricar e instalar los artefactos nucleares en el propio país enemigo. Habrán tenido tiempo de buscar la posición y la altura idónea para que al estallar arrasase las ciudades por completo y de nada servirán los antimisiles «Sentry» y las grandiosas pantallas de radar. Todo inútil, porque la muerte ya está en nuestras entrañas sin que podamos descubrir la ubicación exacta. Es como si seis zonas cancerosas aparecieran de repente en nuestro cuerpo y no habiendo forma de combatir las, nos aniquilarán en poquísimo tiempo.

—Pero si las han colocado a una altura adecuada y de modo parecido en cada ciudad, podríamos averiguar en los edificios altos, dar la alarma general y que todos es rascacielos sean cacheados.

—Inútil, papá —indicó Pitty—. Delante de esos infernales

artefactos con aspecto de computadoras, pues a nada se parecen a la idea fija que tenemos de una bomba, han levantado paredes muy gruesas que los ocultan totalmente.

—Sí, llevaría años comprobar todas las estancias de cada apartamento u oficina en los grandes edificios de las ciudades de los Estados Unidos.

Willy Cabot admitió la observación.

—Sí, es cierto, nos llevaría mucho tiempo, pero no podemos cruzarnos de brazos. El inspector Anderson querrá resultados.

—Lo que Anderson querrá es que entremos en acción cuanto antes —observó Yale irónico.

—¿Has hablado con él?

—No, he hablado con sus raptos.

—¿Qué?

Una gran sorpresa acababa de reflejarse en el rostro del veterano federal.

—Sí, los compatriotas de Taklary se han dado prisa en averiguar cuánto les interesa. Los tres que estamos aquí ya somos conocidos para el mundo del espionaje extranjero. También han descubierto la oficina de Anderson y como convenía a sus planes, se lo han llevado para ofrecérselo como rehén.

—Pero ¿cómo han podido averiguar tanto en tan poco tiempo? Hasta ahora hemos pasado inadvertidos y la oficina del inspector Anderson no había sido descubierta por ningún espía de nuestra nación. Esa gente tiene que ser el mismísimo diablo.

—Creo que podré explicarlo pronto. ¿Tienes un destornillador?

—Sí, por supuesto.

—Pues dámelo.

Willy Cabot buscó en su caja de herramientas y entregó el destornillador a Yale. Pitty preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Pronto lo veréis. Cabot, dame el magnetófono que guardas en tu caja fuerte. A partir del instante en que abras la caja, no pronunciéis ni una sola palabra hasta que yo os dé la señal.

Cabot hizo lo que su compañero le indicaba. De la caja fuerte que tenía empotrada en la pared de su chalet extrajo el pequeño magnetófono y, en silencio, lo entregó a Yale que, previamente, había abierto la caja del que acababa de traer consigo.

Puso sobre la mesa el aparato que le diera Taklary y abrió por detrás. Lo primero que hizo fue quitarle el paquete de pilas. Luego, separando las piezas con el destornillador, lo comparó con el otro. Al fin, extrajo una... la de plástico en forma de prisma que al parecer iba, conectada directamente a las pilas, sin pasar por el interruptor que debía accionar el magnetófono.

Yale observó cuidadosamente aquel prisma y levantó su tapa.

Sonrió y con un ligero suspiro lo alzó en señal de triunfo, mostrándolo a Cabot y a su hija.

—Éste es nuestro delator.

Cabot parpadeó. Tomó la pieza, no más larga de cuatro dedos por uno y medio de ancho.

—¿Una emisora de onda corta?

—Sí. Yo busqué en el magnetófono una carga de explosivo que pudiera hacerme volar si ponía en marcha el aparato, pero no se me ocurrió pensar que dentro haría un microemisor siempre conectado a las pilas que iría transmitiendo en todo momento cuanto se hablara cerca de él.

—Es astuto el tal Taklary —opinó Cabot.

—Como ingeniero que es, no le habrá costado acoplar este emisor al magnetófono confundiéndolo con otros mecanismos del aparato. Eso, para unos profanos como nosotros, era difícil de descubrir.

—Ya comprendo. Taklary ha ido escuchando lo que hablábamos gracias a este chisme —indicó Cabot—. Pero ¿y los otros? Me refiero a los que según tú han raptado al jefe Anderson.

—Seguramente, este emisor ha sido fabricado por la misma factoría que según explica Pitty ha elaborado todos los mecanismos electrónicos de las bombas. Los compatriotas de Taklary han captado la onda y con un radiogoniómetro han averiguado la situación exacta del emisor y la mía, puesto que yo llevaba el magnetófono. Averiguando llegaron hasta la oficina de Anderson, escucharon lo que allí se decía y luego trataron de eliminarme.

—Pero no pudieron —observó Cabot.

—Sí, y han preferido modificar los planes. Lo que más les interesa por el momento es capturar a Taklary, un traidor para ellos. Por eso han raptado a Anderson.

—No comprendo.

—Sí, la vida del jefe a cambio de seguir la corriente a Taklary y que ellos puedan localizarlo.

—Pero si liquidan a Taklary nos vamos a quedar sin averiguar la posición de las bombas de hidrógeno y nuestro país será arrasado. No creo que la vida de toda la nación en un platillo y la de Anderson en el otro pueda nivelar el fiel.

—Por supuesto que no —admitió Yale—, pero hay que hacer lo posible por salvar la vida del jefe.

—¿Y cómo piensas conseguirlo?

—Ellos nos han tendido una trampa en la que aparentemente hemos caído. Ahora seremos nosotros quienes tendamos la red.

—¿Y si comunicáramos a la superioridad lo sucedido? —preguntó Cabot indeciso.

—Lo haremos en el momento oportuno. Ahora nos tomarían a nosotros también por locos. Convén conmigo en que es un proyecto fabuloso e increíble si Pitty no hubiera visto esas diapositivas que, por otra parte, pueden haber sido sacadas en otro país.

—Estoy segura de que han sido hechas aquí.

—¿Por qué, hija?

—Ese hombre, hablaba muy fríamente, con mucha seguridad. Taklary quiere el dinero y si no lo consigue dejará que los Estados Unidos desaparezcan del mapa. Además, me ha advertido que si se ve en peligro matará; él no tiene moral. Es un hombre frío que sólo ansia vivir bien y en cualquier país pequeño de la Europa meridional.

—Bien, tendremos que darnos prisa en actuar. Por el momento, avisar a la superioridad sería peligroso. Pueden tener algún contacto, alguien que les informe, y si se dan cuenta de que les tendemos una trampa no sólo morirá Anderson sino que acelerarán el proyecto. Hay que darles confianza.

—Si quitas la radio del magnetófono recelarán —arguyó Cabot.

—Es que no pienso quitarla. Ellos seguirán escuchándonos, pero sólo lo que a nosotros nos interese. En cuanto a ti, Pitty, ya ves en el lío que te has metido por curiosa.

—Estoy fatigada, más encuentro fascinante todo esto, no puedo negarlo.

Willy Cabot suspiró mirando a su hija.

—Cuando termine este caso, si es que salimos con vida y queda

algún edificio en pie en nuestro país, ya me veo de chupatintas en la administración federal. No van a perdonarme que mi hija se haya metido en una investigación de contraespionaje. Las reglas son muy estrictas.

—Bueno, yo te acompañaré cuando sea liberado Anderson si es que conseguimos salvarle la vida. No va a digerir bien que le hayan secuestrado por culpa del magnetófono que yo llevé a su despacho.

—Creo que en vez de quejarnos deberíamos entrar en acción —propuso Pitty.

—Tienes razón, ahora mismo nos vamos a poner a trabajar. Pitty, aunque seas la más hermosa de las chicas, aunque seas una cantante de fama, vas a formar parte de nuestro grupo para arreglar este caso como mejor podamos y si no lo conseguimos, nos desintegraremos juntos.

—Magnífico, ahora si me voy a divertir.

—No lo creas, hija. A partir de este momento, en cualquier instante podemos encontrarnos cara a cara con la muerte.

—La sensación de riesgo, de peligro, me atrae. No puedo evitarlo.

Yale V. Crow sonrió opinando:

—Creo que tiene sangre de federal.

—No puedo quejarme. Yo también amo el riesgo y ella es hija mía. Lo que me pregunto es cómo saldrán mis nietos sí...

Pitty se apresuró a cortar la pregunta que su padre se formulaba en voz alta:

—¿Escuchamos la cinta que me dejó en el bolsillo Taklary?

—Bien, metámosla en el magnetófono y veamos qué quiere ese fulano. Luego conectaremos el emisor en su magnetófono y diremos lo que más nos convenga, sin olvidar que estamos entre dos fuegos: un hombre acorralado, traidor a su patria, y unos espías profesionales dispuestos a matar fríamente.

Tras colocar la *cassette*, Yale oprimió el botón y la cinta comenzó a pasar escuchándose la voz cínica de Taklary.

CAPÍTULO VII

Helen se quitó el vestido de danzarina frente al largo espejo tocador ante el cual había una veintena de compañeras, todas vestidas del mismo modo.

Helen Cland parecía tener prisa al despojarse de las flores artificiales que adornaban su cabello largo y muy ¡negro.

Para aquel *ballet*, el coreógrafo había exigido que todas llevaran el cabello largo y negro y Helen Cland era una de las pocas que había podido lucirlo natural, pues la mayoría de sus compañeras habían tenido que utilizar peluca.

—Helen, ¿te vienes al cine esta noche? —preguntó una de las muchachas.

Mientras dejaba que sobre su cuerpo bien formado resbalara el viso de nylon oscuro, la interpelada miró a Margaret, su compañera más amiga, aunque siempre se había mostrado distante con todas.

—No, estoy cansada.

—¿Te vas a tu apartamento? —le preguntó con ojos de picardía la trigueña Margaret, tras acabar de quitarse la hermosa peluca que luciera segundos antes.

—Creo que no tengo que darte explicaciones.

—Vamos, no te enojés. ¿Es aquel rubio de ojos claros y sonrisa de único el que te espera?

—No me gusta que le llames cínico.

—Vamos, querida, ya somos mayorcitas y no nos chupamos el dedo. ¿Te vas a casar con él?

La pregunta había sido muy directa y cargada de malicia, pero aquélla era la forma usual de hablar entre las chicas que allí se juntaban para luego aparecer como alados cisnes evolucionando por el amplio escenario del teatro Huntington Hartford.

—Vete al diablo, Margare!

Pese a la forma tan desabrida de responder de Helen, Margaret

sonrió y no se dio por vencida mientras retocaba su rostro demasiado pálido, producto de llevar siempre una vida nocturna y dormir en las mañanas, cuando el sol daba vida y color.

—¿Tiene dinero? Me refiero al suficiente para sacarte de aquí.

—Me gusta la danza clásica.

—Sí, y a todas, pero nos agradecería ser la primera bailarina y no formar parte del grupo. Tanto tú como yo sabemos que nunca llegaremos al primer puesto, estamos condenadas a danzar alrededor de la gran estrella, que es quién se lleva siempre los aplausos.

—Yo no pienso pasarme aquí toda la vida —replicó malhumorada.

—Eso quiere decir que el chico tiene dinero, ¿eh? ¿Californiano, tejano, de dónde es?

—¡De la porra!

—Está bien, está bien, no te enfurezcas. Si alguna vez te cansas de él dile que yo estoy libre, que he nacido en Missouri y que soy obsequiosa y poco exigente.

—Hum, de Missouri... ¡Plebeya!

—Oye, tú, ¿pero qué te has creído? —inquirió Margaret, ahora verdaderamente molesta, levantándose de la silla en la que permaneciera sentada.

Las restantes compañeras miraron hacia ellas. Algunas reían ya preveyendo una riña y tirones de pelo, pero Helen Cland, que acababa de vestirse, pues llevaba poca ropa encima debido al calor, tomó su bolso y alzando la mano se despidió con una sonrisa más que forzada.

—Adiós, queridas, hasta mañana.

Era evidente que Helen Cland era más esbelta y poseía algo de lo que sus compañeras carecían. Era un don, una personalidad, que de ser más diestra con sus pies la habría llevado a ser la primera figura del *ballet*, aunque lo que en realidad le había quitado el estrellato era la desgana con que trabajaba.

—¡Engreída! —increpó Margaret, furiosa, mientras Helen Cland desaparecía del multicamerino.

Sin embargo, ésta sabía que al día siguiente ya la habría perdonado. Margaret era una chica que bailaba bien pero era muy simple de espíritu, todo lo contrario que Helen.

Helen tomó un taxi y ordenó:

—A Burgomaestre Street, es una travesía de Olvera Street.

El chófer maniobró con agilidad y se dirigió al barrio mejicano tal como la mujer había pedido. Tras unos breves instantes de silencio preguntó:

—¿Extranjera?

La mujer parpadeó.

—¿Ya usted qué le importa? —replicó malhumorada por el entremetimiento del taxista.

El hombre, que debería pasar ya de la cuarentena, habló con naturalidad que a otro le hubiera parecido suficiencia.

—En Los Ángeles hay muchos extranjeros, pocos californianos y un tanto por ciento muy elevado de norteamericanos de oíros estados. Ésta es una buena ciudad para vivir, excelente clima y posibilidad de ganar dinero y entrar en el mundo del celuloide.

—No me interesa su conversación. Si quiero datos los pediré a la cámara de comercio.

Las réplicas expeditivas de la joven no afectaron al taxista que parecía sentirse a gusto soñando con algo suyo, una tierra lejana que quizá no volvería a ver nunca.

—Yo noto un acento por leve que sea. Un europeo que no haya nacido en Inglaterra siempre conserva un ligerísimo acento al hablar en inglés, máxime el inglés que se habla aquí. A los angelinos puede decirles que es de Chicago pero a mí, que he nacido en Georgia...

—¿Un sureño listo? —inquirió despectiva viendo que no podía hacer callar a aquel taxista, un soñador frustrado.

—No soy de la Georgia americana, sino rusa, pero no es bueno explicar a los yanquis que uno ha nacido en Rusia. Claro que como usted es europea, no importa.

—¿Quién le ha dicho que yo sea europea? —inquirió molesta.

—Su fonética. ¿Albania, Grecia quizá? Estoy seguro de que es una mediterránea oriental aunque se empeñe en ocultarlo.

—¡Pare el coche, quiero bajarme ahora mismo!

—No se moleste conmigo. Soy un soñador y cuando recuerdo mi tierra y los países lejanos que la cercaban me vuelvo parlanchín, pero me estaré callado. Es usted todo un carácter. No obstante, por si acaso precisa alguna vez de un amigo, me llamo Zrevery. En

realidad, es una abreviatura de mi nombre ruso, lo hacemos la mayoría de los que venimos a vivir en este gran país. Mi nombre lo hallará en la guía telefónica, y ya me callo —dijo al ver a través del espejo retrovisor cómo la fémina apretaba los labios.

El taxi se introdujo por Olvera Street, donde en las casas y sus gentes podían verse las reliquias de los primeros colonizadores que, llegados de la lejana España, fundaran la hermosa ciudad de Los Ángeles.

El barrio era multitudinario, lleno de colorido. Tenderetes con sarapes y ponchos más para la venta a los turistas que para los que allí vivían. Grandes, ofertas de cajas de frutas, mezcal y tequila auténtico como rezaban los vistosos rótulos, aunque el que estuviera detrás del tenderete bebiera, en aquellos momento un *bourbon*.

La calle del Burgomaestre no era de las más animadas. Helen ordenó:

—Pare.

—Bien, llegamos ya —aceptó el taxista, que pese a las respuestas agrias de la mujer parecía sentirse a gusto.

—¿Cuánto le debo?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Es gratis para usted. Sé que aunque no me lo haya dicho es casi compatriota mía, de lo contrario le habría cobrado los tres dólares por la carrera.

—Tome su dinero y déjeme en paz.

El taxista no pudo evitar que los billetes quedaran sobre el asiento y la mujer se apeara del vehículo dando un portazo y no fue precisamente por ser cara la carrera, pues conocía bien a los taxistas de Los Ángeles, quizá los más caros de toda la Unión.

Helen anduvo por la calle apenas iluminada pues las farolas, aun siendo eléctricas, conservaban todo el sabor de cuando fueran forjadas para aceite. El municipio de Los Ángeles había tenido buen cuidado de no hacer desaparecer aquellos típicos faroles y los había transformado acoplando solo unas bombillas tras los cristales opacos.

Helen esperó a que el taxi desapareciera. No quería que el chófer la viera entrar en la casa hacia la cual se dirigía.

Al fin, introdujo su llave en una puerta de madera recia y pasó a la vivienda de pared encalada, cerrando inmediatamente tras ella.

El interior estaba a oscuras. Helen Cland dio al conmutador de la luz iluminando aquella especie de comedor que había a la entrada, con muebles sobrios castellanos que parecían transportarla a otro siglo.

Se dirigió a la escalera que había al fondo y subió por ella a las habitaciones.

Al abrir la puerta de la principal, sumida en ligera penumbra, escuchó una voz que reconoció al instante.

—Pasa, Helen. No es necesario que enciendas la luz.

—No seas tonto, Taklary; con la luz hablaremos mejor y desde afuera no nos pueden ver.

La mujer dio al interruptor.

Taklary se hallaba sentado en una butaca estilo español con respaldo y asiento de cuero repujado, sostenido en el aire por tachuelas que lo sujetaban a los barrotes tallados en ciprés.

—Estás hermosa como siempre, querida Helen.

La mujer cerró la puerta y apoyó su espalda en ella. Luego miró inquisitiva al hombre de la sonrisa cínica sin prestar atención al proyector de diapositivas que había sobre una mesa y la pantalla colgada en la pared del fondo bajo un crucifijo.

—Déjate de tonterías, Taklary. ¿Cómo va todo?

—Bien, bien por ahora. Hay problemas, como es lógico, pero parece que aún estoy vivo.

—¿Qué clase de problemas?

—Mis compatriotas me buscan como locos y si me encuentran no tendrás ni el consuelo de llevarme flores a una tumba...

—No seas tan pesimista.

—A veces pienso si valdrá la pena traicionar a los míos para luego vivir en la oscuridad.

—¿En la oscuridad? —repitió con una leve exclamación.

Se acercó al hombre. Tratava de evaporar aquellos pensamientos de la mente masculina.

—¿Te olvidas de que soy una aristócrata en Grecia, que mi apellido no es Cland para parecer norteamericana, sino Calandopulus y ese nombre significa mucho en mi tierra?

—Sí, condesa Calandopulus —admitió Taklary un tanto irónico,

sujetándola por la cintura.

—No vayas a decirme que soy una aristócrata arruinada y que para ganarme la vida tengo que bailar en el coro de un *ballet*. Mi título, dentro de mi patria, sigue intacto, ¿lo entiendes? Además, tengo mi palacete mirando al mar.

—En ruinas —puntualizó él.

—Pese a estar en ruinas, la finca es muy vendible, da a una pequeña playa particular. Sin embargo, nunca he querido venderla porque siempre he ansiado regresar.

—Con dinero —dijo sarcástico, pero sonriendo en todo momento.

—Sí, ¿por qué no? Con el dinero que te den nos casaremos. Cambiarás tu rostro para que nadie pueda reconocerte y regresaremos a Atenas. Allí, con una pequeña parte de ese dinero, pues la mano de obra está barata, reconstruiremos el palacete y también limpiaremos la playa. Haremos que los jardines florezcan como antaño y estén bien cuidados y el pequeño muelle de piedra, edificado hace miles de años por mis antecesores, será reconstruido también y compraremos un yate. Daremos fiestas y se llenará el palacio de invitados. No tardaremos en ser agasajados.

—¿Ése es todo el futuro?

—No, cielo, no. Con el yate viajaremos a Mónaco, a Cannes, a la hermosa Nápoles, a la Costa del Sol de España. El Mediterráneo es el lugar más hermoso de la tierra. Hasta puedes bañarte con tranquilidad, no sucede como aquí que corres el riesgo de ser devorado por un tiburón cuando te internas un poco. Aquel mar es distinto. Sus aguas son más transparentes, más azules y más verdes. En la costa hay historia, una vida más regia y aristocrática que la que hay aquí, donde sólo viven descamisados y gamberros. Allí seremos aristócratas y con mi título y tu dinero quizá hasta podamos conseguir que atengas un cargo en el Gobierno, si no político sí financiero. Verás cómo tus dólares se multiplican. ¡Oh Taklary, vas a tener una vida que ni siquiera te has atrevido a soñar!

—Sí, creo que vale la pena —asintió más convencido pese a las dudas que lo asaltaban de vez en cuando.

—Además, piensa que vas a evitar una matanza horrible. Salvar a tantos millones de personas, impedir que una gran nación sea

destruida.

—No soy moralista, no hace mucho se lo dije a alguien, no obstante, son buenos argumentos.

—Magnífico que pienses de esa forma. Estás a un solo paso de conseguirlo todo. Seremos la pareja más dichosa de la humanidad, la más agasajada y nuestra vida será un eterno placer.

—¡Qué irónico! Yo, un marxista, convertido de pronto en un aristócrata.

—Ya verás cómo no es tan malo como te han enseñado.

—Malo para mí, no, pero para otros...

—Otros trabajarán para ti. Será una forma de ganarse un sueldo para sustentar sus propias vidas y a sus familiares. No vivimos en tiempos de los feudos, querido, pero creo que todo esto es hablar por hablar. Tú ya estás convencido de lo que estás haciendo.

—Sí, ya no puedo volverme atrás. Los míos me han descubierto, pero ellos tampoco pueden retroceder con el proyecto. Ha costado muchos años y muchísimo dinero montarlo, ya no puede cambiarse. Ésa era la regla que todos sabíamos desde el principio. Sólo les resta acelerar el proyecto «Sodoma-Gomorra» o eliminarme antes de que hable con los yanquis.

—Eso no lo conseguirán. Aquí en esta casa de mejicanos que yo he rentado estás bien escondido. Sólo hace falta cobrar en la forma que ya preestablecimos y luego desaparecer.

—No estoy seguro todavía de que los yanquis, a través del F. B. I., nos den los cinco millones que pedimos.

—Y cincuenta también si los hubiéramos pedido, cariño.

—No sé, no sé. Ellos han escuchado ya las cintas y oído la explicación de la chica que traje aquí para que viera las diapositivas, pero a partir de eso, no he escuchado más con el receptor que capta las ondas de la emisora que va dentro del magnetófono alimentada con las pilas del mismo.

—Pueden haberlo guardado dentro de un armario, cajón o una caja fuerte.

—Sí, es cierto, pero hasta que no toque el dinero no estaré tranquilo.

—Vamos, tonto, eso será fácil y nadie va a descubrirnos. Los Bancos suizos son de una gran solvencia. No vayas a olvidar que

ellos guardan las fortunas de muchísimos políticos de todos los países y que bajo ningún concepto facilitan la identidad que corresponde a las cajas personales.

—¿Estás segura de que nadie conoce el número de clave de tu caja en el Banco suizo?

—Segurísima. Antaño, mi familia tuvo dinero en ese Banco, pero perdió su fortuna en la pasada guerra mundial. Yo heredé el título, el palacete destruido por las bombas alemanas y la propiedad de la caja privada.

—¿Y qué había dentro?

—Cuando me presenté en el Banco, probé mi identidad, presenté la llave que me había correspondido en herencia y al fin abrí la caja. ¿Sabes que encontré?

—¿Nada?

—No, un papel en el que decía: «No pierdas la esperanza».

—Muy sarcástico.

—Seguramente lo escribió mi padre, pero yo acepté el consejo y cerré la caja sin decir nada aunque me costó caro seguir pagando el alquiler correspondiente.

—¿Y el Gobierno norteamericano no tendrá dificultades para ingresar los cinco millones en tu cuenta?

—En absoluto. ¿Cuántas veces he de repetírtelo? El Banco nacional americano hará la transferencia, el Banco suizo recogerá el dinero y lo ingresará en la caja general hasta que un día vayamos los dos y con la llave correspondiente abramos la caja privada que ni el mismo director del Banco puede abrir. Entonces, guardaremos el dinero en ella. Todo resultará facilísimo. No tendremos que llevar dinero encima, corriendo peligro de que nos descubran, al salir de los Estados Unidos como dos turistas más.

—Perfecto, querida. Parece que tienes práctica en sacar dinero de un país.

Ella sonrió y dijo:

—Todos los aristócratas, políticos y grandes financieros tienen experiencia en esta clase de trabajo, querido. Es la forma usual de guardarse las espaldas.

—Si no te hubiera conocido una noche y hablado al beber en demasía, qué distintas serían mis perspectivas para el futuro. Tus insinuaciones me convencieron.

—Porque son razonables y humanitarias aunque me repitas que careces de moral.

—Aparentemente, somos los hombres quienes cambiamos el futuro y la historia, pero en realidad sois vosotras, siempre hay una mujer maquinándolo todo. Después de conocerte, pienso que detrás de Maquiavelo habría una mujer más o menos como tú.

—¡Adulador!

Taklary se dejó besar por la hermosa griega que cubrió el rostro del hombre con su cabello, sumiéndolo en la oscuridad.

—No, Helen, no sigamos. Hay que continuar adelante si queremos lograr todo lo que me has contado.

—Estás muy frío esta noche, querido. —Se apartó de él y sonrió —. Sin embargo, es mejor así. Hay que trabajar y pronto.

—Tú harás el contacto con el americano y le entregarás el número de tu caja en el Banco suizo. Ya sabes lo que debes decirle.

—Descuida, querido. Sabré conducir los negocios que serán de los dos en el futuro.

De pronto, se encendió de modo intermitente una lucecita roja que había sobre la mesa junto al proyector.

—¿Qué es eso? —inquirió Helen.

—Espera, es una alarma por rayos infrarrojos que me he entretenido en hacer para matar el tiempo. Por lo visto, ha funcionado bien.

—Te felicito, eres un buen ingeniero.

—Apaga la luz, pero con muchísimo cuidado.

—¿Hemos de huir?

—Esperaremos a ver qué sucede. Apártate de la puerta.

Taklary sacó una pistola y cuidadosamente, le colocó el silenciador. Luego, se acomodó de nuevo en la butaca y esperó frente a la puerta y a oscuras. La lucecilla había dejado de encenderse, pues el calor del ser humano que había penetrado en la casa se había alejado de ella.

Los segundos transcurrieron lentos, asfixiantes.

No se oía nada, más de pronto se escuchó el levísimo crujido del último peldaño de la escalera de madera que ascendía al piso.

El silencio prosiguió.

Helen contuvo la respiración. ¿Se destruiría todo el futuro que había planeado cuidadosamente después de conocer a Taklary y

embriagarlo con un cóctel al que había añadido éter sulfúrico para producir más rápido atontamiento?

La puerta se abrió despacio. Gracias a la tenue luz que se filtraba a través de la persiana de tiras de aluminio, contrastando con el resto del mobiliario vieron entrar una mano armada.

Después, en el umbral quedó la figura de un hombre.

Taklary, fría y metódicamente, comenzó a disparar. Hubo apretado tres veces el gatillo cuando el cuerpo visitante se desplomó sin haber conseguido disparar su arma.

Helen apenas había escuchado los leves taponazos, pero sí vio tres fogonazos anaranjados en medio de la oscuridad. Luego, el paladar le supo a acre.

—Enciende la luz, Helen.

—Puede haber alguien más —objetó la mujer.

—No. La lucecilla de alarma sólo se ha encendido el tiempo suficiente para dejar pasar un cuerpo, lo he estado controlando.

Helen obedeció accionando el interruptor. Inmediatamente, reconoció al hombre que yacía en el suelo.

—¡Es el taxista!

—¿Qué taxista? —inquirió Taklary parpadeando inquieto.

—El que me ha recogido a la salida del teatro para traerme aquí. Se ha mostrado muy impertinente y me ha dicho que era ruso, de Georgia, y también que estaba seguro de que yo era del sur de Europa.

Con el ceño fruncido, el hombre se aproximó al cadáver. Le, volvió el rostro para verlo mejor y también lo identificó.

—Es Snediakov. Nos han tendido una trampa para que tú les condujeras hasta mí. Deben andar buscándome por todos los medios. Les urge sepultarme, y por lo visto, pese a llevarlo en secreto, sabía que me veía contigo y han supuesto, acertadamente, que seguiríamos viéndonos.

—¿Qué hacemos ahora?

—Desaparecer de aquí cuanto antes. Ellos no tardarán en venir. Si Snediakov se ha adelantado no cabe duda de que habrá telefoneado a los demás y si no abandonamos esto enseguida, podemos darnos por muertos.

—Pues vámonos rápido, yo no quiero morir.

—Sí, salgamos. Después de todo, aquí no dejamos rada de

importancia. Me llevaré las diapositivas, que se queden lo demás. Pero tú, querida, ya no vas a poder volver a tu teatro.

—Eso no importa, salgamos de aquí inmediatamente. Cuando estemos lejos de América nadie podrá reconocernos. En realidad, aquí nadie sabe quién soy. El futuro todavía es nuestro si escapamos a tiempo.

Abandonaron la casa rápidamente. Ya en Olvera Street...

—Cuidado, Helen.

Taklary empujó a la mujer tras unas coloridas mantas que colgaban de un tenderete, ocultándola, cuando cerca de ellos pasaba un automóvil oscuro.

En su interior, cinco hombres de rostros muy conocidos para Taklary. Eran sus compatriotas que doblaban por la Burgomaestre Street.

CAPÍTULO VIII

Yale V. Crow estaba dispuesto a llevar adelante su plan, que en realidad dependía de lo que hicieran sus enemigos.

Condujo el automóvil con naturalidad hacia Palos Verdes y lo detuvo en el *parking* perteneciente al Marineland Park. Luego entró en el recinto como si se tratara de un visitante más de los gigantescos acuarios en los que se exhibían desde una ballena a los más insignificantes peces del Japón, pasando por tiburones y pirañas.

La cita que le había dado el tipo del magnetófono debía realizarse junto a la piscina de los tiburones. Se dirigió a ella rectamente, pues conocía bien el lugar por haberlo visitado en otras ocasiones como buen angelino que era.

Había poca gente a aquella hora. Dos tiburones nadaban casi tocando el fondo con su boca mientras otros tres cortaban la superficie líquida con sus delatadoras e inconfundibles aletas.

Una mujer de hermosa cabellera negra parecía querer animarlos. No había nadie más junto a la guarida de los tiburones, pues la hora matinal resultaba algo temprana.

Pasó junto a la fémina, y ésta, sin apartar la cámara de su rostro, interpelló:

—Buenos días, señor Crow.

Yale frunció el ceño, pero se detuvo junto a ella en el acto.

—¿Una embajadora?

—¿Esperaba a un hombre?

—Sí, de cabello albino y sonrisa cínica.

—Parece que lo conoce bien —repuso escondiendo su rostro tras la filmadora como si buscara un mejor plano de los escualos dentro del agua clarísima de la piscina.

—¿La envía Taklary?

—Sí, pero hagamos como que usted me ayuda. Tome la cámara

y filmeme. Cuando yo le diga, apriete el botón y sáqueme lo mejor posible.

—Si ése es su gusto, la complaceré.

—Voy a caminar junto a la piscina. Procure que salgan esas bestias tras de mí. No quiero dar la sensación de que estoy pasando peligro, pero sí de estar cerca de los tiburones —le fue diciendo con un marcadísimo acento francés que Helen había preparado de antemano para que el hombre confundiera su verdadera nacionalidad.

Cuando la tuvo enfocada como ella había pedido y siguiendo el juego de disimulo, Yale pulsó el disparador para comenzar a filmar, pero él mismo se sorprendió al escuchar la voz de Taklary, lo suficientemente alta como para no perder palabra. La filmadora había resultado un magnetófono preparado por el ingenioso científico.

—Buenos días, agente Crow. Espero disfrute de una magnífica vista del Marineland. Ante todo, déjeme decirle que es usted un hombre listo descubriendo el emisor que yo había incluido en el magnetófono. Se estará preguntando que cómo lo he averiguado y le diré la verdad. Sí usted hubiera pasado la cinta que le di a Pitty por el magnetófono que le entregué en el Saturno, ahora no tendría usted esta filmadora en la mano para escuchar de nuevo mis palabras. Como supondrá, el emisor fue descubierto por mis compatriotas, y si ellos hubieran escuchado, esta cinta habría resultado más que peligrosa. Le felicito por haber pasado mi cinta por otro aparato, pero hágame caso y destruya el magnetófono que yo le di. Ahora, pasaremos a algo más interesante. Grabe bien en su cabeza la dirección a la cual deberán remitir los cinco millones de dólares a través de cualquier Banco norteamericano.

Yale se preparó para fijar en su mente lo que iba a escuchar, aunque para él, entrenado especialmente en Quántico, no era ningún problema memorizar.

—Banco Industrial Agrícola del Norte, Switzerland. Clave 12 AB 143. Se lo voy a repetir.

En la repetición, Yale comprobó que había memorizado bien. Luego siguió escuchando mientras observaba el paseo de la fémina por el borde de la piscina de tiburones y él la buscaba con el objetivo como si estuviera filmándola con el máximo de

naturalidad.

—Espero que se acuerde, de ello depende la vida de su nación. Creo que Pitty Cabot se lo habrá explicado suficientemente para que no se le pase por alto. Cuando yo reciba la confirmación del Banco suizo que ha sido ingresado el dinero, pues ya he cursado las órdenes oportunas para que así sea, se lo revelaré todo y ustedes se salvarán por cinco insignificantes millones de dólares. Comprendo que le moleste no poder dialogar conmigo, pero ésta es la mejor forma de hacerlo todo. Corro mucho peligro y si yo muero, mueren ustedes, ¿comprende bien, señor Crow? Haga cuanto le he dicho y tendrá los datos necesarios para impedir que esos ingenios nucleares vuelen sus mejores seis ciudades. Por si Pitty Cabot no lo ha convencido suficiente, la mujer a la que aparentemente está filmando le dará unas diapositivas en color que serán suficientes para convencer al más reacio. Deberán darse prisa, les queda poco tiempo. Una vez en su poder las diapositivas, no se le ocurra la tontería de seguir a mi enlace femenino, lo perdería todo y ella no les conduciría a ninguna parte, y me encargo de eso. Bien, aquí termino. Buena suerte, Crow. Cuando el Banco confirme la recepción de mi dinero, volveremos a encontrarnos.

La grabación terminó. Yale comprendió que no sacaría más de aquel científico astuto. Le irritaba que a cambio del dinero Taklary no ofreciera unas garantías de que luego hablaría, pues una vez el dinero en su poder podía desaparecer y se habrían perdido cinco millones de dólares que debían ser cambiados por marcos.

Sin embargo, no quedaba otra solución que fiarse de su palabra. Mientras, por el otro lado, existía el peligro de la desaparición del inspector Anderson. El problema se ponía difícil, pero había que seguir adelante con el plan trazado.

Se acercó a la mujer para entregarle la filmadora con una amplia sonrisa que ella le devolvió. Sin embargo, Yale captó que sus dedos temblaban ligeramente de nerviosismo. Aquella fémina debía estar muy unida a Taklary, seguramente sería su pareja en el futuro, tras huir de los Estados Unidos y desaparecer en cualquier país de Europa.

«No es francesa». Si lo fuera, trataría de simular su acento que en cambio se preocupa de remarcar, pensó Yale.

—Espero que la filmación haya sido perfecta.

—No habrá inconveniente en que todo salga bien, ¿verdad? — preguntó ella.

—No. A mi Gobierno le interesan sus revelaciones.

—Tenga, esto es para usted.

Con más o menos disimulo, la joven tendió a Yale un pequeño paquete dentro del cual estaban las diapositivas, las bombas de hidrógeno instaladas por el enemigo, como simples computadoras.

—Creo que sería mejor que viniera a la oficina federal y hablara. Mi Gobierno les daría la recompensa y estarían protegidos contra quienes quieren eliminarlos.

—No voy a dialogar con usted, ya sabe cómo trabajamos Taklary y yo. Sin embargo, voy a hacer una sola excepción para decirle que no nos fiamos de nadie. Buenos días, señor Crow.

Con las diapositivas que pasaron rápidamente a su bolsillo, Yale vio alejarse a la fémina hacia el edificio cercano perteneciente al propio parque y que estaba materialmente encima de la piscina.

Al alzar la vista descubrió a un hombre armado con una pistola provista de silenciador que encañonaba a la mujer.

—¡Cuidado! —gritó.

Helen brincó cuando el primer disparo estuvo a punto de alcanzarla.

Con un par de saltos, Yale corrió hasta la fémina y la empujó bajo los porches, evitando así que resultara acribillada.

—¿Qué ocurre? —inquirió ella sin soltar la filmadora de su mano.

—Hay alguien arriba muy interesado en mandarla al infierno; ya han disparado una vez. No se mueva de aquí. La matarán.

—¿Y usted?

—Voy por él.

Dejó a Helen protegida bajo los porches de columnas funcionales de hormigón y trepó por una escalera rápidamente. Al llegar al primer rellano del edificio, rodeado por una especie de corredor terraza que tenía cada piso, estuvo a punto de ser alcanzado por un disparo.

Preparó su «Browning» advirtiéndole a su enemigo de que él también estaba armado y que utilizaría la pistola en el momento más oportuno.

La persecución se intensificó. Yale pasó por delante de unos

acuarios y su enemigo volvió a disparar alcanzando el cristal de uno de ellos. El agua se vertió mientras uno de los peces, por la acción del pequeño remolino, quedaba materialmente aplastado contra el agujero abierto por la bala. Taponó el hueco con su cuerpo, salvando la vida a sus compañeros de pecera sin habérselo propuesto. Mientras él se debatía por escapar, impidiéndoselo la presión del agua.

La persecución se intensificó y Yale consiguió acorralar al fugitivo en la terraza superior tras haber disparado éste.

—Quieto, ya no te quedan balas —advirtió Yale—. Las he contado todas.

El fugitivo apretó el gatillo y, efectivamente, no brotó ningún plomo por el cañón caliente a causa de los anteriores disparos.

—¡No me atraparás, tío Sam!

Yale se acercó con la pistola, pero lo que tenía delante no era un vulgar hampón. Era un espía, un fanático, y no a sueldo sino por ideas. Aquella clase de hombre no se entregaba esperando que en una corte se le rebajara la pena, sino que moría matando.

Yale podía dispararle, pero le repugnaba hacerlo fríamente. Lo que más le interesaba era capturarlo vivo, él podría conducirlo a dónde estuviera Anderson.

Se aproximaron mutuamente y Yale guardó su arma. El otro sonrió. No tardaron en verse envueltos en una despiadada lucha de *jiu-jitsu* en la que ambos eran maestros. Una lucha a muerte por parte del espía, mientras que Yale trataba, no sólo de conservar su vida, sino también la de aquel hombre.

Aquel sujeto desnudó una navaja automática y se lanzó contra Yale manteniéndola baja pero con la punta levemente alzada para hundirla en el abdomen de su adversario.

Crow lo vio venir y le hizo una formidable presa en las muñecas que lo hizo volar materialmente por encima de su cabeza.

Se escuchó un grito infrahumano. Yale volvió la cabeza, percatándose entonces de que a su espalda estaba la baranda.

El espía había salido volando por encima de la baranda metálica, hundiéndose en la piscina de los escualos como un campeón de saltos de palanca.

Las aletas corvas cortaron el agua. Tras zambullirse, el espía volvió a emerger, pero sólo su mano apareció en la superficie. Hubo

un remolino de agua y, poco después la piscina se teñía de rojo.

Yale bajó la escalera apresuradamente. No tardarían en acudir los guardas del Marineland Park y no tenía tiempo para dar explicaciones.

Buscó a la mujer bajo los porches, pero ya no estaba. Comprendió entonces que había aprovechado el tiempo largándose.

Abandonó el parque cuando ya se acercaban los curiosos a la piscina, horrorizándose al ver el agua teñida de rojo. Ya nada quedaba de los restos humanos que habían desaparecido dentro de los cuerpos de aquellas fieras eternamente hambrientas y enemigas mortales del hombre.

Abría ya la portezuela cuando escuchó el agudo chillido de una mujer ante el espantoso espectáculo que aquella mañana, en apariencia anodina, brindaba a los visitantes del Marineland Park en Palos Verdes.

Enfiló por la carretera de regreso pisando a fondo el acelerador, aunque estaba seguro de que no conseguiría atrapar a la mujer que, aprovechando la pelea, había conseguido escapar.

De pronto, tras recorrer unas diez millas, tuvo que pisar el freno a fondo para no chocar con los coches que habían detenidos delante de él en las posiciones más dispares.

Yale observó que había coches cruzados y dos de ellos, salidos de la cuneta. Tres hombres recogían algo del suelo con evidente mal humor mientras no cesaban en sus insultos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó apeándose.

—¿No se le ha pinchado ninguna rueda, amigo? —inquirió uno de ellos.

—No, ¿por q:

—Pues ha tenido suerte. Mire esto.

En la palma de la mano le mostró unos clavos especiales de cuatro puntas, que al ser arrojados al suelo, cayeran como cayeran, siempre quedaban con una de sus afiladas puntas hacia arriba.

Éstas habían reventado varios neumáticos, pues cuatro de aquellos hombres procedían a cambiar sus ruedas mientras los otros recogían los clavos del suelo evitando que ocurrieran más accidentes.

—Diablos, el que ha tirado esto ha querido gastar una broma pesada.

—Y usted que lo diga. Si me topara con el que ha hecho esta marranada, le aseguro que utilizaría estos clavos con él y no le quedarían ganas de repetirla.

—¡Denunciaré el caso a la policía! —Gruñó otro.

Yale V. Crow pensó inmediatamente en la mujer, que llevaría los clavos preparados por si trataban de seguirla. Era un procedimiento bastante empleado, pero no por ello dejaba de ser eficaz.

Yale pensó que, puesto que él no la seguía, para arrojar aquellos clavos la morena debía haber tenido la sensación de que era seguida por alguien en aquellas primeras millas y, ese alguien tenía que estar cerca de él.

Miró con disimulo y un rostro se volvió rápidamente hacia la rueda que estaba cambiando, como si temiera ser visto, pero Yale lo reconoció al instante. Aquel tipo era el asesino que matara a dos hombres en plena calle de Santa Mónica, escapando después.

Dio un pequeño rodeo y se acercó por la espalda, cuando el sujeto tenía las manos ocupadas en su neumático.

—Hola, amigo, volvemos a vernos —saludó Yale.

El espía, al verse sorprendido, soltó la rueda para buscar su pistola, más ya la culata de la «Browning» caía dura sobre su nuca. Aquella vez no iba a escapársele.

CAPÍTULO IX

Helen sonrió al adentrarse en la ciudad. Nadie venía tras ella. Los clavos de cuatro puntas que Taklary le había preparado en la parte posterior del auto para que los soltara cuando se viera perseguida, habían dado un resultado satisfactorio. Fuera quien fuese, quien la seguía había quedado atrás con las ruedas pinchadas.

Ya no rodaba sobre el asfalto en solitario. Coches salidos de las primeras bocacalles de la ciudad la habían rodeado con naturalidad. Helen se sintió segura.

Lo que ella ignoraba es que Yale V. Crow, previniendo aquella situación, había apostado a Willy Cabot, el federal de aspecto anodino pero que tanto resultado daba para los contactos y seguimientos de sospechosos, pues era difícil olfatearlo como a un policía.

Cabot había recibido el aviso a través del pequeño emisor portátil que lo comunicaba con Yale. Sabía ya a quién debía seguir, para eso había estado aguardando tanto tiempo en una de las bocacalles ya dentro de la zona urbana de Los Ángeles junto a la entrada principal que conducía a Palos Verdes.

Helen Cland no se percató de aquella hábil y bien preparada persecución. No obstante, dio un rodeo por el centro de la población y por último se dirigió al Chinatown.

La mujer detuvo su coche en una de las arterias más céntricas de Chinatown, sin exponerse a introducirse en el barrio de callejuelas con su ancho automóvil.

El barrio chino resultaba, tan multitudinario como colorido. Gentes de todas las razas pero especialmente chinos caminaban tranquilamente por las calzadas, importándoles muy poco que hubieran de pasar automóviles o no, y era tal la muchedumbre que si alguien hubiera tratado de atravesar el barrio en diagonal, habría

necesitado el resto de su vida para insultar a cada uno de los que estorbaban el paso y maldito el caso que hacían a los claxons.

Aquellos chinos eran respetuosos, sonrientes y corteses, pero muy distintos a sus antecesores los *coolies*, llegados a la Unión para construir el ferrocarril Union Pacific hacía ya casi un siglo. Estaban americanizados, pero más por tipismo que por otra cosa conservaban atuendos y costumbres. Resultaban prácticos, negociantes y socialmente más extrovertidos.

Con paso rápido, Helen anduvo varios cientos de yardas mezclada con la multitud que iba de un lado a otro como hormigas en busca del hormiguero. Los estrechos y largos cartelones anunciadores de comercios y mercancías semejaban querer peinar su cabello negro y lacio.

A Helen no le interesaba comprar ninguna de aquellas mercancías más o menos típicas que manos huesudas y rugosas tendían hacia ella. Al fin, se introdujo en un portal oscuro sobre el que habían escrito varios caracteres que quizá alguien llegara a entender por pertenecer a uno de los múltiples dialectos chinos.

Pasó ante el reducido mostrador de la no menos reducida conserjería. Un oriental tocado con casquete le sonrió mostrándole multitud de dientes, tan amarillos como su piel. Sin embargo, de no ser por la escasa luz, Helen hubiera visto que dos de las muelas resultaban demasiado amarillas; eran de oro.

Subió la escalera y en el primer piso llamó a la puerta marcada con el número doce de aquella especie de pensión china que más que para dormir se utilizaba para otros menesteres menos ortodoxos.

—Abre, soy Helen.

Apretó la filmadora entre sus manos y esperó a que la hoja de madera se abriera. En el umbral apareció Taklary, pero éste abrió la puerta solo lo justo para que la lámina se introdujera en la habitación.

—Pasa rápido —ordenó tajante.

Helen frunció el ceño. Taklary tenía en la mano su pistola automática con el silenciador ya montado.

—¿Qué te ocurre? Todo ha salido bien, no has de temer nada.

Él preguntó irónico:

—¿Nadie le ha seguido?

—Claro que no. He empleado los clavos que tú me preparaste en el coche.

—Pues de nuevo te has pasado de lista, Helen. Pareos que quienes desean atraparme se pegan a tu espalda como mosquitos.

—Eres demasiado suspicaz, te digo que nadie me ha seguido. Todo ha salido como lo planeaste. El federal ha escuchado tu cinta en el Marineland Park, claro que ha surgido uno de tus compatriotas que se ha entrometido en la cita y nos ha disparado.

—¿Qué ha sucedido con él?

—Lo he dejado peleándose con el americano, no he tenido tiempo de ver lo que sucedía. Luego, he cogido el coche y me he venido hacia aquí, pero como me he dado cuenta de que alguien me seguía, he llenado la carretera de clavos y han pinchado, no lo dudes.

—Sólo que alguien más listo ha logrado seguirte.

—No lo creo.

—Ven, fíjate.

Taklary cogió a Helen por el brazo y la condujo hacia la ventana con persiana china. A través de los finos bambúes horizontales, hizo mirar a la griega hacia la calle abigarrada y multicolor en todo instante.

—No veo nada, es decir, veo a mucha gente.

—Fíjate en aquel tipo grueso de aire cansado.

—¿Qué sucede con él?

—Te ha seguido. He estado vigilando desde aquí arriba y lo he visto.

—Pero, si está en la cola de aquella cabina telefónica —observó Helen.

—Sí, por lo visto una vez nos ha localizado quiere llamar a alguien para que le ayude a atraparnos. Estamos perdidos. De nuevo ha sido descubierto nuestro escondrijo gracias a tus precauciones, y ya me está irritando esta situación.

—Te juro que no me he dado cuenta. ¿Estás seguro de que me seguía?

—Sí. Te he visto llegar a ti primero y a él siguiéndote. Luego, ha mirado a uno y otro lado como si dudara lo que debía hacer y al final ha optado por ponerse en la cola de la cabina telefónica. Posiblemente habrás dejado el coche lejos de aquí.

—Sí, así es.

—Él debería tener un transmisor portátil en el coche, pero al dejarlo lejos habrá dudado entre regresar al auto llamar por un teléfono público. Ha optado por esta última, llamar por un teléfono público. Ha optado por la última decisión, ya que de paso nos vigila.

—¿Y qué haremos ahora?

—Volar de nuevo en busca de un sitio mejor. Tengo algún dinero y con la documentación que me falsificaron mis compatriotas no será fácil que me descubran.

—Pero si salimos, el tipo ese que está abajo, a punto te telefonear, va a seguirnos.

—Esta situación la arreglaré pronto.

—¿Qué vas a hacer?

—No preguntes. Ya que me metes en los líos límitate observar y no dificultes las cosas.

Willy Cabot entró en la cabina telefónica. Tras él, la ola de personas que deseaban efectuar una llamada había aumentado.

Introdujo un «dime» en la ranura y marcó primero las letras, discando seguidamente los guarismos.

Taklary observó a su víctima por entre la cortina de bambú. Apuntó con su automática provista de silenciador y jaló el gatillo por tres veces. Era un buen tirador, pero siempre deseaba asegurarse de que había acertado.

El cristal de la cabina, por el lado contrario al que estaba formada la cola, quedó agujereado limpiamente por los tres plomos. El vidrio se astilló alrededor de los orificios formando como una tela de araña.

Cabot se retorció dentro de la cabina. El auricular se desprendió de su mano y su cuerpo pesado se apoyó contra la puerta que al ser empujada se abrió hacia fuera.

Cuando un chino de aire preocupado se disponía a entrar en la cabina, le cayó encima el cuerpo del federal y sus manos se tiñeron de sangre. Acto seguido, comenzó chillar desafortadamente.

La cola se disolvió como por arte de magia. El chino quedó un instante solo con el cadáver entre las manos. Allí nadie quería ayudar a nadie y menos tener que ver con la policía. Luego, fue él quien corrió y el cadáver quedó tendido en el suelo medio

atravesado en la puerta de la cabina mientras ésta se mantenía abierta.

Del auricular colgante brotaba la llamada angustiosa de una mujer:

—¿Diga, diga?

—Ése ya no volverá a seguimos —masculló Taklary.

—Vamos a dejar muchos rastros de sangre tras de nosotros.

—Les advertí que mataría fríamente si me obligaban. Lo peor que puede sucederme es que me atrapen. Como comprenderás, no voy a dejar que me cerquen.

—Tengo miedo, Taklary. Salgamos de aquí cuanto antes —dijo nerviosa.

—Sí, claro, inmediatamente. Pronto estará la policía, abajo y nosotros ya debemos estar lejos.

—Pero ¿adónde iremos?

—Sé de unos pequeños yates que se alquilan en el muelle sesenta. Nos esconderemos en uno de ellos y no habrá quien nos descubra.

—Por ahora.

—Helen, van camino del fin, de la obtención del dinero. Ahora, ellos ya saben lo que queremos y cómo. Espero que el federal no haya muerto.

—El tal Crow parecía un tipo muy listo.

—Y muy agradable, ¿eh?

—¿Celoso?

—Me gustas, Helen, y todo lo he hecho por ti. A mí me agrada vivir bien, pero a ti te gusta todavía más que a mí y máxime volver a llevar la coronita de aristócrata. Viéndote feliz a ti, yo también lo soy, aunque no te niego que deseo llevar una vida regalada.

—Sin embargo, te duele dejar atrás tu ciencia, ¿verdad?

—Sí, no lo niego.

—No temas por eso, querido. Con dinero e influencias conseguiré que te acerques de grandes proyectos en Grecia. Precisamente, ahora todos los países tratan de montar centrales atómicas para la paz.

—Todo eso no son más que proyectos, lo que hay que hacer ahora es huir cuanto antes. Coge tus cosas y salgamos de aquí.

Poco tenían que recoger y salieron casi en el acto de la

habitación.

Al dirigirse a la escalera vieron que estaba llegando abajo el chino propietario de aquella nauseabunda y poco reglamentaria pensión.

El oriental estaba descendiendo de puntillas como si tratara de no hacer ruido. Taklary lo miró frunciendo el ceño.

—¿Qué sucede? —le preguntó Helen en voz baja.

Taklary miró al chino sonriendo, sin embargo, había una amenaza mortal en sus pupilas.

—Qué, Charly, tratando de no hacer ruido, ¿eh?

—Sí, señor, yo tlatal de no hacel luido pala que dolmil bien mis huéspedes.

—Nos vamos. ¿Cuánto te debo?

—¿Ya se van los señóles? Poco han estado leunidos —dijo sonriendo maliciosamente. Luego, agregó—: Yo no llamalme Chally.

—¿Y a mí qué me importa? Yo te llamo Charly y basta. ¿Cuánto te debo?

—Tles dolales con cincuenta centavos, plecio muy balato señor, muy balato. Habían podido utilizal el selvicio de agua caliente y jabón chino, no amelicano que tiene pelfume balato. Señolita, ¿gustal jabón chino?

A Helen, malhumorada por lo que acababa de suceder y por la maliciosa impertinencia del chino, no se le ocurrió más que decir:

—Cállate, limón.

Taklary tiró dos billetes sobre el mostrador y empujó a Helen hacia la salida.

El chino tomó el dinero y al observarlo, sin importarle el medio dólar que le habían dado de propina, protestó:

—¡Los billetes de a dos dólales tlaen mala suelte, no quelel billetes de a dos dolales, sel malos, muy malos!

Salió del portal con los billetes en la mano, pues como muchos en los Estados Unidos, rechazaba aquel tipo de billetes que según todos traían mala suerte. Al ver a la pareja lejos se dijo:

—¡Qué lemedio me queda que aceptalos! Después de todo, si son buenos y complo plonto algo con ellos no me tlaelan mala suelte.

Una sirena aulló estridente acercándose a la calleja y el automóvil policial no tuvo problemas de circulación, Ante él, toda la calzada se había despejado rápidamente. Nadie quería quedar

envuelto en el crimen de la cabina de teléfonos.

CAPÍTULO X

Pitty reflejaba en su rostro todo el abatimiento que había en su alma. Los brazos pendían lacios a lo largo de su bien moldeada anatomía.

—Tu padre fue un valiente, Pitty, y de veras lamento la muerte que ha tenido.

—Es lógico, ¿no? —preguntó con sarcasmo.

—¿El qué es lógico?

—Que un agente federal del contraespionaje halle la muerte en el cumplimiento de su deber.

—No es lógico, pero sí frecuente, no te lo voy a negar.

—¿Y tú acabarás lo mismo?

—Eso sólo Dios lo sabe, Pitty, pero trataré de llegar a viejo.

Ella se sentó en la silla del pequeño garaje en el que se hallaba tendido y bien sujeto el prisionero hecho por Yale.

—Me llamó desde la cabina telefónica y en aquellos momentos no supe ni quién era. No lo dejaron ni hablar antes de acribillarlo a balazos.

—Quien haya sido lo pagará, no lo dudes.

Ella suspiró, comentando después:

—No estoy muy metida en este mundo del espionaje y contraespionaje, pero creí que muchos crímenes quedaban impunes.

—Sí, es cierto, porque para los espías, matar es como estar en la guerra frente al enemigo.

—¿Y tú piensas así también?

—No, por supuesto. Yo sólo disparo cuando es de vital necesidad, jamás fríamente como ha hecho ese tipo que está ahí en el suelo o el que mató a tu padre.

—Supones quién ha sido, ¿verdad?

—Sí: Taklary. Tu padre descubrió su guarida siguiendo a la mujer y ellos le han descubierto a él.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Hay tanto para hacer, Pitty... Este caso se ha complicado más de lo que esperaba. Taklary y la desconocida mujer por un lado. Luego, los espías enemigos, este prisionero que tengo, el secuestro del inspector Anderson y el asesinato de tu padre.

Pitty observó al asesino y advirtió:

—Mira, se mueve.

—Menos mal, lleva ya varias horas así. Creí que le había dado demasiado fuerte o es que él tiene la cabeza poco dura, y eso es malo para un espía como él.

—¿Qué vas a hacer?

—Interrogarlo. Sabe mucho y nos lo va a decir todo.

Se acercó al yacente y lo zarandeó. Luego le vertió el agua que había dentro de una regadora de plástico y por último lo sentó en una silla.

—¿Va a matarme? —le preguntó el homicida con el rostro mojado, la cabeza dolorida y los ojos cargados de odio.

—Yo no soy un asesino, amigo, sino un agente del
F. B. I.

Claro que, como te vi matar tranquilamente a dos pacíficos ciudadanos...

—Tenía que hacerlo. Cuando se está perseguido, a punto de ser atrapado, hay que matar o morir. Ser atrapado es muy malo.

—Sí, y no te molestes en chupar la punta de la solapa de tu chaqueta, te he quitado la cápsula de cianuro que llevabas escondida para casos como éste.

El hombre, que tenía manos y pies bien sujetos, sonrió sarcástico antes de preguntar:

—¿De veras cree que hablaré?

—Por supuesto. No ignoras que puede ayudarte en tu condena si descubres el juego de tus compañeros y dices lo que sabes sobre esas supuestas bombas de hidrógeno instaladas en las más importantes ciudades de los Estados Unidos.

—Yo no soy un traidor como Taklary. Te equivocaste de presa, tío Sam.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Pitty, que se les había acercado.

—Que nos lo explique él mismo.

—Está bien, sólo soy un verdugo.

—¿Un verdugo? —repitió Pitty asombrada.

—Sí, un verdugo. Otros, al igual que yo, sólo estamos aquí para entrar en acción cuando hace falta. Los grandes secretos que quiere saber el tío Sam yo también los ignoro. No sé nada de bombas, planos secretos, ni microfilmes. Sólo sé utilizar las armas y eliminar al que me han puesto en la lista negra; ésa es mi profesión.

—¡Dios mío, qué asco! —exclamó Pitty.

El prisionero soltó una sonora carcajada.

—No te reirás tanto cuando te lleve a la central del

F. B. I.

en Los Ángeles. Seguro que mueves la lengua y dices muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Quiénes son sus compañeros. Ellos ya serán más elocuentes. Ahora, sería inútil, darte una paliza para hacerte hablar. Avisaré a mis compañeros para que pasen a recogerte y entonces verás si hablas o no. Te aseguro que no vas a ser de los que más resistan.

Ante aquella amenaza, el extranjero palideció. Pitty miró a Yale preocupada.

El federal la cogió por el codo y la condujo hacia el exterior. Luego cerró la puerta con llave, dejando bien atado al prisionero dentro del garaje.

—¿De veras vais a torturarlo para que hable? —preguntó la joven.

—Tienes demasiada nobleza, cariño, pero yo no utilizo esos métodos para hacer hablar a mis enemigos, sino la astucia.

—¿Qué quieres decir?

—Ese tipo no es de los que hablan. Antes de llegar a un interrogatorio se suicidaría, ha sido preparado para actuar de esa forma.

—Pero ¿cómo podría suicidarse?

—Ya encontraría la forma de colgarse, partirse el cráneo contra una pared o algo similar. Le habrán enseñado mil modos de hacerlo por si se halla en una situación límite como ésta y lo que yo no quiero es que se convierta en un cadáver ahora que lo tengo prisionero.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Le he preparado las cosas para que escape. Le he dejado una

herramienta cerca de él y estoy seguro de que la utilizará.

—¿También ha sido programado para actuar en esa forma? —inquirió Pitty con sarcasmo.

—Naturalmente. Él tiene que escapar y cuanto antes mejor. Conseguirá hacerlo y luego tomará este coche que hay ahí delante, un anodino «Ford» pasado de moda hace casi un par de lustros. No se lo dejaré muy fácil, sólo una ventanilla abierta. Él tendrá que hacer el contacto con la batería. Después, escapará, asegurándose bien de que nadie le sigue antes de dirigirse a la guarida de sus camaradas.

—Pero si lo vas a dejar escapar, ¿para qué te has molestado en capturarlo?

—Ahora te explicaré, Pitty, queda poco tiempo. Ese sujeto ya debe haber comenzado a desatarse y saldrá armado con algo contundente por si tiene tropiezos conmigo o con cualquier otra persona. Es un asesino nato, ya mató a dos ciudadanos inocentes que se interpusieron en su primera fuga —hizo una pausa y prosiguió—: Pitty, tú irás a tu casa y atiende bien las órdenes que voy a darte.

Pitty escuchó atentamente y fue asintiendo con la cabeza. Cuando Crow terminó de hablar, ella dijo:

—Descuida, haré cuánto me has pedido.

—Siento haberte metido en este lío, pero de no ser por tu curiosidad de aquella noche, nada sabrías.

—Sí, es cierto, pero me siento muy distante de los focos de un escenario, máxime cuando anda suelto el asesino de mi padre.

—Descuida, Pitty, lo encontraremos. Ahora, márchate pronto, que yo tengo que prepararme.

—¿Cómo?

—Metiéndome en el portaequipajes de ese coche. Esperemos que la suerte no me falle y que ese tipo me conduzca con los suyos.

La callejuela era bastante solitaria y en aquellos momentos no parecía pasar nadie. Pitty observó cómo Yale V. Crow desaparecía en el portaequipajes y cerraba cuidadosamente, pero sin utilizar ninguna llave para poder salir cuando le interesara.

Luego, la muchacha se alejó con paso rápido, tratando de no hacer ruido con sus tacones.

Los minutos pasaron lentamente.

Yale empezó a temer que aquél espía extranjero no fuera tan listo tratando de escapar, pero al fin, oyó el ruido de la pequeña puerta del garaje cerrándose.

No escuchó ningún paso. De nuevo, los segundos transcurrieron lentos. Hacía calor, mucho calor dentro del reducidísimo portaequipajes en el que estaba doblado sobre sí mismo, sometido a una tortura física.

Al fin, escuchó el ruido de la portezuela del coche abrirse y cerrarse. El tipo no tardó en hacer el puente de contacto y el «Ford» se puso en marcha. La treta había dado resultado.

El automóvil rodó por el centro de la ciudad a juzgar por el ruido de circulación que Yale escuchaba desde su escondite.

Éste pensó que o la guarida de aquellos tipos estaba muy lejos o el fugitivo estaba dando un largo rodeo para evitar que le siguieran. Hasta que se convenciera de que no era seguido, daría vueltas aunque fuera en círculo.

Al fin, el coche se detuvo algo más de lo que pudiera hacerlo delante de un semáforo y el claxon sonó con una especie de contraseña. Yale captó el ruido inconfundible de una gran verja al abrirse y el coche arrancó de nuevo introduciéndose por un camino de grava. Tras dar un giro de noventa grados en cortísimo espacio, frenó.

Yale escuchó ladridos de perro que fueron acercándose. Comenzaba a faltarle el aire, hacía demasiado calor. Era como si él mismo se hubiera buscado su propia tortura.

Los ladridos quedaron materialmente encima de él y Yale tuvo la impresión de que los canes trataban de morder la plancha del portamaletas. De pronto éste, sin que él lo hubiera accionado, se abrió y la luz del sol le cegó.

Cuando pudo ver descubrió a cuatro hombres armados con pistolas que le encañonaban, y a dos mastines gruñendo y mostrándole sus colmillos dispuestos a despedazarle de una sola dentellada.

—Muy astuto, tío Sam —ironizó el que antes fuera su prisionero.

—Creo que la jugada no me ha salido muy bien, ¿eh?

—Has querido seguirme sin pensar que habría perros que podrían olfatearte. Están muy bien entrenados. Me agradaría que mis compañeros los soltaran, sería una muerte digna que te has

ganado a pulso.

—Si me liquidan no sabrán nunca de Taklary, yo soy su contacto.

—Afuera —ordenó una voz que Yale ya conocía.

El tipo que encontrara en el despacho del inspector Anderson estaba en lo alto de la amplia escalinata que daba a la pérgola de aquel palacete que servía de cuartel general a los espías.

Yale salió tratando de estirar sus piernas y respirar hondo. Uno de aquellos individuos se apresuró a quitarle la «Browning».

—No lleva nada más encima —dijo el que le había cacheado.

El que recibiera el culatazo de Yale, hundió sus puños en el estómago de éste mientras otros dos le sujetaban los brazos.

Crow tuvo que encajar varios puñetazos hasta que dobló su rodillas haciéndose el inconsciente. Era la mejor forma de dejar de recibir.

—Llévalo dentro con el otro.

Yale fue materialmente arrastrado al sótano de la casa. Se abrió una puerta de plancha de acero y fue echado de bruces a un cuarto que semejaba un calabozo. Recibía una tenue luz indirecta a través de un respiradero que había en el techo.

Cuando la puerta se cerró, Yale abrió los ojos. Inclinado junto a él estaba el inspector Anderson.

—Crow, ¿está bien? —inquirió su superior, preocupado.

—Bastante bien pese a la paliza que me han dado. Y usted, ¿cómo se encuentra?

—Desesperado. No hay forma de escapar de aquí.

—No se preocupe, saldremos.

—¿Cómo?

—Vendrán a hacernos un trato.

—¿Por qué?

—Ya le interesa más este caso, ¿eh? —ironizó Crow.

—Bueno, yo ignoraba que pudiera ser tan grave la situación. El del magnetófono podía haber sido un psicópata, usted sabe que hay muchas amenazas estúpidas que nunca se cumplen al cabo del día.

—Bien, no es momento para lamentaciones. Ellos vendrán a ofrecernos un trato.

—¿Cuál? —apremió el inspector.

—Para ellos, la presa no somos nosotros sino Taklary.

—¿Y quién es Taklary?

—El tipo del magnetófono. Ellos han perdido contacto con él y es al que en realidad desean atrapar y eliminar, claro que si eso sucediera mientras nosotros estamos aquí, nada iba a salvarnos el pellejo.

—Pero ¿usted sabe dónde está?

—No. Sólo sé que es un asesino de cuidado; me temo que él ha matado a Cabot.

—¿Cabot?

—Sí, y usted creía que sólo eran fuegos de artificio.

—Lo siento, otra vez haré más caso de su pericia si es que conseguimos salir de aquí. Por cierto, ¿cómo se ha de poner en contacto con el tal Taklary?

—Primero, deberán entregarse al Banco Industrial Agrícola del Norte de Suiza los cinco millones de dólares que pide por su traición.

—¿A nombre de quién?

Yale miró de reojo al inspector y dijo:

—Clave 12 AB 143.

—Sí. Ellos, a través de algún medio telefónico o telegráfico, enviarán la confirmación de que han recibido el dinero y entonces Taklary hablará.

—¿Y si después de cobrar no habla?

—Eso no ocurrirá, se harían daño ellos mismos. El poder del enemigo arrasaría nuestra nación y se apoderaría del resto del mundo y entonces, ¿de qué les serviría el dinero?

—Comprendo. Ellos quieren cobrar y disfrutar de esa fortuna. Pero ¿cómo hablarán?

—Llamarán a la casa de Cabot.

—Si él está muerto, ¿no?

—Pitty, su hija está al pie del teléfono.

—¿Pitty? ¿Qué hace esa chica en todo este lío?

—La casualidad ha querido mezclarla y ya no hay remedio, inspector, debemos seguir adelante. Si todo sale bien, habremos de darle una medalla porque ha ayudado mucho. Naturalmente, todo esto no lo saben los tipos que nos tienen atrapados y se verán obligados a pactar para poder cazar a Taklary antes de que hable con nosotros y nos cuente dónde han sido colocadas las bombas de

hidrógeno. A nosotros solos nos sería imposible averiguarlo, no se puede registrar toda una nación tan vasta como los Estados Unidos. Además, si la población se enterara de lo que sucede, cundiría el pánico y las gentes abandonarían las ciudades, perdiéndose vidas y millones de dólares. El resto del mundo perdería la confianza en nuestra nación y se entregaría con los brazos en alto, al enemigo que se apoderaría de todo y de todos. Nadie podría evitar el desastre.

—Si es tan peliaguda la situación, creo que no tiene remedio.

—El remedio está en intentar salir de aquí mediante un pacto y conseguir averiguar lo que quiere decirnos Taklary. A partir de ahora, habrá una carnicería y si tenemos suerte, la victoria, será nuestra.

—¿Sólo eso podemos hacer?

—Solo. No podemos avisar al Pentágono de lo que ocurre ni nos harían caso. Cuando comenzaran a vacilar, ya sería demasiado tarde. Además, la noticia podría trascender a la opinión pública y ocurriría el desastre del pánico que le he contado antes.

—Sí, es cierto. Lo mejor es hacer el pacto.

Pasó el tiempo mientras hacían sus planes en voz muy baja por si habían conectado algún micrófono. Al fin, se abrió la celda y aparecieron tres hombres, dos de ellos armados. El tercero era el jefe de aquellos verdugos que mirando al inspector Anderson preguntó:

—¿Ha averiguado lo que nos interesa?

El inspector federal se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—Sí, ya me lo ha contado todo. Era lógico, soy su superior.

—Inspector Anderson —interpeló Yale con voz metálica y amenazadora, mirando al que se estaba convirtiendo en un traidor.

—Lo siento, Crow. No tengo madera de héroe y hablando salvo mi pellejo.

—No le consideraba un héroe, inspector, pero es más cobarde —de lo que pensé.

—La verdad es que no merecía el cargo que ostentaba, pero la vida es así. Con paciencia también se obtienen cargos importantes y ahora no quiero perderlo. Tengo derecho a la vida.

—¿A costa de la vida de los demás? ¿Qué piensa hacer cuando nuestra nación sea aniquilada?

—Ya he hecho un trato con ellos y me dejarán vivir tranquilo con una sustanciosa pensión vitalicia en el país que yo elija, porque toda la tierra acabará por ser suya cuando los ingenios nucleares estallen, y eso nadie podrá evitarlo. ¿Para qué morir en vano?

—Lo que le darán de premio es la muerte.

—Vamos, ya está bien de despedida. Salga, inspector —ordenó el jefe de aquellos espías.

La puerta se cerró, dejando a Yale V. Crow solo.

CAPÍTULO XI

Habían transcurrido varias horas, Yale no se preocupó de cuántas. Había pasado parte de su tiempo reparando fuerzas y pensando en cómo saldría todo. ¿Habría cumplido Pitty sus instrucciones exactamente?

—Maldito inspector Anderson —se lamentó una vez más.

Yale había pensado en lo desastroso que era que hombres como Anderson ocuparan cargos de responsabilidad, y la realidad le había dado la razón. Había resultado un cobarde que para salvar su vida no vacilaba en sacrificar la del prójimo.

Trató de olvidar al inspector Anderson, aquello ya no tenía remedio.

Escuchó pasos tras la puerta. Una llave se introdujo en la cerradura, volteó y al fin abrió la plancha de acero.

—Vamos, arriba —ordenó el tipo que apareció en el umbral.

Yale le miró desde el suelo.

—¿A pasear? Te advierto que no se está mal aquí dentro.

—Déjate de sarcasmos y levántate —ordenó apuntándole con su pistola. El acento de aquel sujeto era marcadamente extranjero.

—Está bien, está bien, no nos molestemos por tan poca cosa. Si salimos al jardín, estiraré un poco las piernas. ¿La noche es húmeda o qué?

—Ya lo comprobarás tú mismo y nada de tretas o te coso con plomo. Te advierto que soy muy delicado bordando con la pistola.

—Trataré de no ponerle en un aprieto.

—Será lo mejor para ti.

El tipo se hizo a un lado tomando siempre toda clase de precauciones. Se mantenía a distancia de Yale para escapar a cualquier golpe que éste pudiera propinarle.

Yale ascendió la escalera y aquel sujeto le siguió siempre encañonándole. Salieron a un pasillo de la planta del palacete y el

extranjero ordenó:

—Por ahí no, hacia la cocina.

—Por la salida de servicio es mucho mejor, ¿eh?

Yale anduvo en dirección indicada. Salieron por la cocina que tenía una puerta que daba a la parte posterior del jardín.

—Recoge la pala que hay junto a la pared.

—¿Una pala?

—Sí. ¿No la ves? Vamos, deja de hacerte el tonto.

Yale V. Crow se encogió de hombros. Sabía bien que habían dado la orden de suprimirle. Taklary y su bella cómplice habrían aceptado el trato y los comunistas se habían cuidado de depositar rápidamente, a través de sus contactos europeos, los cinco millones de dólares en el Banco suizo. Así conseguirían atrapar a Taklary y suponía que Anderson les estaría ayudando en la empresa.

Tomó la pala y delante de la pistola que le apuntaba anduvo hacia lo más recóndito del jardín. Era evidente que aquel tipo que le encañonaba se había encaprichado de que él mismo cavara su propia tumba.

—¿Voy a hacer trabajos forzados? —preguntó irónico para distraer algo su enemigo.

—Sí, y será tu último trabajo. Debes hacerlo bien, porque va a servirte a ti y a nadie más.

De pronto, buscando la sorpresa en el tipo que le amenazaba con el arma y exponiéndose a recibir un balazo entre los omóplatos, Yale balanceó la pala a modo de péndulo pero con mucha fuerza.

La lanzó hacia atrás, dando con una de las partes cortantes en el bajo vientre de aquel tipo, que aulló de dolor. El arma escapó de sus manos para llevárselas al lugar afectado, pero ya el mango de la pala cayó sobre su nuca dejándolo tendido.

Yale se inclinó rápidamente sobre él. El sujeto había resistido poco.

—Mala suerte, no os preparan bien físicamente y es una lástima.

Buscó un lugar del muro que circundaba el palacete que le fuera bien para abandonar el recinto sin necesidad de pasar por la verja de entrada, donde podía haber un vigilante que sólo podría causarle molestias.

De pronto escuchó un ronco gruñido, luego otro.

—¡Los mastines!

Las dos fieras estaban cerca de él, mostrando sus fauces abiertas y dispuestas a saltar sobre él con sus cincuenta kilos de peso.

Uno de los perros saltó hacia él. Yale no pensó en utilizar la pistola, era demasiado ruidosa y el canto de acero de la pala dio en el morro del animal que se desplomó en vertical y rodó por el suelo herido de muerte.

El otro mastín consiguió tirar al suelo a Yale y se disponía a yugularle cuando Crow pudo colocarle el mango de la pala entre las fauces, que se cerraron con un chasquido estremecedor.

Hubo un fuerte forcejeo entre el hombre y la bestia que trataba de hundir sus colmillos en la carne y no en la madera. Yale, con una flexión de rodillas, consiguió lanzar al mastín a unas cuantas yardas de distancia y cuando se disponía a saltar de nuevo sobre él, la pala le hirió en el vientre haciéndolo saltar por encima de él.

El mastín, herido, no se dio, por vencido y volvió a la carga, pero Crow, como si estuviera jugando al golf, le dio un golpe tan certero que el animal murió en el acto.

Yale suspiró.

Trepó por una enredadera y pronto se vio en la calle. Un taxi le llevó cerca de donde vivía Pitty, pagó y el coche se alejó.

Anduvo por la acera hasta acercarse a un «Mercury». Dentro de él, con la luz apagada y medio escondida, con los cristales cerrados pese al calor reinante, estaba Pitty.

Yale quiso abrir la portezuela pero la joven se había encerrado por dentro. Al reconocerle, Pitty se apresuró a abrir.

—¡Yale, qué miedo he pasado! Creí que no llegarías nunca.

—Y he estado a punto de no llegar.

—¿Qué quieres decir?

—Luego te explicaré. Primero dime, ¿has hecho todo lo que te ordené?

—Sí. Busqué en el maletín privado de papá y hallé los aparatitos que tú me indicaste.

—¿Pusiste el que dije bajo el teléfono?

—Sí.

—Entonces, lo habrás oído todo.

—Sí. Han venido unos hombres y han entrado en la casa, como tú supusiste.

—Sí, yo sabía que tendría que vérmelas cara a cara con esos

tipos y que acabarían viniendo ellos, pero no tan aprisa. La operación se ha acelerado, pero continúa. ¿Qué has escuchado por el micro transmisor que has acoplado al teléfono?

—He oído lo que hablaban. Estaban pendientes de la llamada de Taklary.

—¿Ha telefoneado ya?

—Sí, ha tardado un par de horas pero al fin lo ha hecho.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Que estaba satisfecho porque habíamos rectificado. Un tal inspector Anderson habló con él en nombre del

F. B. I.

—Sí, ya me lo figuro. ¿Qué es lo que ha declarado?

—Que lo que buscamos está en la cadena de hoteles Clyton. Hay un hotel de esta cadena en cada una de las ciudades señaladas para ser arrasadas y en la planta dieciocho de cada hotel están emparedados los ingenios nucleares.

—Diablos, lo habían hecho bien. ¿Qué más?

—Que la planta constructora es la Electronic Service Company, que está en Ohio.

—Y aparte de todo esto, ¿qué más ha dicho?

—Sólo ha deseado suerte y ha colgado, parecía tener prisa, pero el tal Anderson había llamado previamente a la dirección de la telefónica dando sus credenciales del

F. B. I.

La compañía telefónica ha comparado primero su identidad llamando a la central del

F. B. I.

y luego le ha dado el visto bueno. Al fin, después de la llamada, han transcurrido unos minutos en silencio pero después ha vuelto a sonar el timbre.

—¿La compañía telefónica?

—Sí.

—¿Desde dónde ha hecho la llamada Taklary? ¿Lo has oído?

—Sí, en una cabina pública frente al club de yates. Ellos han vuelto a llamar entonces.

—¿Adónde?

—No lo sé, pero no era Anderson, sino un tal Boris.

—¿Y que ha dicho?

—Lleva el perro al jardín y que quede bien sepultado. Luego, ha colgado.

—Ese perro era yo.

—¡Dios mío, qué horror!

—Cariño, prepara el coche, tenemos prisa. Antes, voy a hacer una llamada por teléfono y después saldremos disparados hacia el club de yates.

Taklary cruzó la pasarela del yate y se internó en el mismo. Bajó al camarote donde Helen Cland aguardaba tumbada en una de las mullidas literas, escuchando música suave por un aparato de radio a transistores.

—Taklary...

—Hola, querida. Todo ha ido bien.

—¿Seguro?

—Sí. El

F. B. I.

impedirá que esas bombas de hidrógeno arrasen su nación y nosotros viviremos en paz con los cinco millones que el Banco suizo ha comunicado por teléfono han ingresado a nuestro nombre.

Helen parpadeó.

—¿A nuestro nombre?

Él la miró extrañado.

—Bueno, los cinco millones están en la cuenta que corresponde a la clave que te ha legado tu familia y supongo que todo estará en regla, ¿verdad? Me refiero a que no habrás dejado de pagar ningún año el derecho a la caja privada.

—No, no he dejado nunca de pagar porque estaba segura de que un día u otro acabaría llenándose, como así ha sucedido.

—Bien, al fin lo has conseguido gracias a mí.

—Eso es, gracias a ti ahora soy millonaria y en dólares. Voy a disfrutar una vida que ni siquiera habría podido soñar. Reconstruiré mi palacete y podré escoger para casarme a una de las mejores fortunas de la nación, con lo cual multiplicaré mi dinero y mi título aristocrático. De veras, Taklary, que me has hecho un gran favor, pero no puedo pagártelo y es una pena.

—¿Cómo, no vas a casarte conmigo?

—No —denegó ella casi burlona.

—Pero ¿y nuestros planes, esos planes que no has cesado de

verter en mis oídos una y otra vez?

—Nuestros planes, como tú los llamas, terminan esta noche y aquí.

—¿Quéé?

—Vamos, Taklary, eres infantil. Debiste comprender que tú no eres el hombre ideal para una aristócrata como yo.

—¿Qué no soy hombre para ti? ¡Si no eres más que una bailarina de conjunto! —Le escupió molesto.

—Eso lo fue durante un tiempo para sobrevivir y poder llegar a este gran momento. Pero ya pasó y pienso olvidarme por completo de ello.

—Me parece, Helen, que estás diciendo demasiadas estupideces esta noche.

—No lo creas. He esperado hasta el momento justo. Todo está arreglado, el dinero se halla en mi caja privada. No lo olvides, Taklary; es mi caja y no la tuya. Has sido un incauto confiando en una mujer.

—No pretenderás quedarte mi dinero, ¿verdad? —rugió.

—¿Tu dinero? —Se echó a reír.

—¡Sí, mi dinero, el dinero que he ganado traicionando a los míos! —gritó furioso abalanzándose contra ella.

Helen, que estaba preparada, sacó de debajo de la bata que tenía junto a ella una pistola que puso ante el cuerpo del hombre.

—Atrás, imbécil.

—¿Quéé? ¡No te atreverás!

—Sí me atreveré. Yo también sé matar fríamente como tú para conseguir lo que me interesa.

—No lo harás, oirían el disparo.

—Si subo el altavoz del transistor no, querido. —Fue elevando lentamente el volumen del receptor como si disfrutara con aquel acto.

—Estás loca, Helen, no lo lograrás.

—Sí lo lograré, como he conseguido que metas el dinero en mi caja privada del Banco suizo. Para ello he tenido que aguantarte durante mucho tiempo, pero todo terminó.

—¿Y cómo vas a deshacerte de mi cuerpo? Te descubrirían y te llevarán a la cámara de gas.

—Ni lo sueñes. Esta misma noche partiré para la isla de Santa

Catalina. En un par de horas, conduciendo este yate despacio, llegaré sin dificultades. Recuerda que tú escogiste esta nave por lo fácil que resulta manejarla para huir en caso de emergencia, y has tenido la estupidez de enseñarme su manejo.

—¡Idiota de mí! ¿Cómo no sospeché nunca de ti?

—Porque eres estúpido como todos los hombres, querido. Bueno, uno que se salva un poco es Yale, pero ése no me sirve. Sería muy peligrosa su cercanía... Bien, —habló más fuerte, pues cada vez el volumen del altavoz hacía más difícil entender las palabras—, te deseo un feliz viaje. Tu cuerpo descansará en el océano si es que unos tiburones no dan buena cuenta de ti.

—¡Maldita, te mataré yo antes!

Helen Cland disparó sin titubear y por dos veces contra Taklary. Éste fue empujado por las balas, derrumbándose.

Helen lo observó tendido en el suelo mientras la música sonaba alta, molesta.

Cubrió el cadáver con la manta. Permaneció pensativa durante unos minutos y luego escondió la pistola en un cajón, enfrentándose con los mandos del yate que Taklary le enseñara a manejar.

Puso el motor en marcha, acomodándose ante el volante, cuando la portezuela del camarote se abrió apareciendo por ella varios hombres armados.

—Se olvidó de quitar las amarras, señora. El yate no puede marchar.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió asustada, percatándose de que, efectivamente, había olvidado quitar las amarras.

—¿Dónde está Taklary?

Uno de los hombres reparó en el bulto que había en el suelo y apartó la manta.

—Aquí está, Boris.

Anderson, que iba entre aquellos sujetos, arguyó:

—Todo ha salido perfecto.

—¿Quiénes son ustedes? —insistió Helen.

—Til eres la compañera de Taklary, ¿eh, preciosa? —inquirió Boris.

Sus cuatro hombres, pese a estar delante de una mujer sola, iban armados.

—Ella ha debido matarlo, seguramente para quedárselo todo.

Suele ocurrir mucho —comentó Anderson con sarcasmo.

—Pues ya que había ayudado en todo a Taklary es lógico que ahora se reúna con él. De paso eliminamos testigos.

—¡No, no, esperen, no me maten!

Una de las armas con silenciador vomitó su carga letal.

Helen encajó tres balazos quedando recostada en el asiento de mando. Su espíritu corría ya parejo con el de Taklary.

—Inspector, pasa adentro.

—¿Yo? No intentarán nada contra mí, ¿verdad? ¡Hicimos un pacto! —se apresuró a balbucir.

—Yo jamás hago pactos con los traidores como Taklary o usted. Pese a ser un tipo peligroso, Yale Crow me caía mejor que usted.

Anderson se llevó las manos al vientre. Su agonía sería lenta, dolorosa. Dos balas acababan de perforar sus intestinos.

—Muchachos, esto está listo. Será mejor que abandonemos estos cadáveres en el océano.

—Es una mala idea, Boris.

Todos se volvieron hacia la puerta. Allí estaba Yale V. Crow, pistola en mano.

—¡Diablos, ha conseguido escapar! —exclamó Boris mientras sus hombres titubeaban con las armas todavía en la mano.

—Sí, pese a su verdugo y sus mastines. Ahora, tiren las pistolas. El juego ha terminado y da la casualidad de que he ganado yo.

—No me diga... —replicó Boris irónico—. Somos cinco y usted, uno solo. Por rápido que dispare, usted caerá y alguno de nosotros quedará vivo.

—Vamos, Boris, no sea estúpido. Todo su plan ha terminado.

—No del todo. Taklary, que era quien podía revelarte lo que busca, ha muerto y también el inspector Anderson. Si nosotros caemos, no podrá evitar que su nación sea arrasada. Nosotros tenemos la sartén por el mango.

—Se equivoca. La conversación de Taklary ha sido escuchada por alguien que había preparado el teléfono de antemano siguiendo mis instrucciones. Sé perfectamente que los ingenios nucleares se hallan en la cadena de hoteles Clyton, piso dieciocho, y que la fábrica está en Ohio. No necesito saber nada más para poder demoler la operación «Sodoma-Gomorra». Los pequeños detalles de su organización se encargarán de esclarecerlos mis compañeros y se

tomarán precauciones para que nada de esto vuelva a suceder en el futuro. Por supuesto, todo quedará en el más riguroso secreto y la opinión pública, para que nadie sienta temor, no se enterará de nada. El

F. B. I.

no dará ninguna nota oficial y supongo que su Gobierno tampoco, habida cuenta de que harían el más espantoso de los ridículos.

—Aunque caigamos nosotros, usted no lo verá.

—Será inútil. ¿No oyen las sirenas que se acercan? Mis compañeros, ayudados por la Metropolitana, van acordonando esta zona. Les he dado noticias y órdenes de antemano. Toda la maquinaria federal se ha puesto en marcha y en breves minutos todos los hoteles de la cadena Clyton serán desmantelados. Ya nada pueden evitar, antes de dejarme capturar por ustedes había tomado mis precauciones.

En efecto, las sirenas fueron acercándose. Los hombres de Boris miraron a éste y optaron por dejar caer sus armas, todo estaba perdido.

Sin embargo, Boris no arrojó su pistola provista de silenciador.

—A mí no me atraparán vivo.

Disparó contra Yale, pero éste había saltado hacia un lado y disparado a su vez.

Boris se llevó las manos al pecho y cayó de bruces cuando entraban agentes del

F. B. I.,

bien pertrechados de armas y haciéndose cargo de los prisioneros sin preguntas, en silencio, trabajando con eficiencia.

—Buen trabajo, muchacho —le felicitó el director federal del estado de California.

—Sólo he cumplido con mi deber. Lástima que el inspector Anderson no haya hecho lo mismo.

—Hasta en los discípulos de Cristo hubo un traidor. ¿Por qué el F. B. I.

iba a ser distinto? —Le dio una palmada en el hombro, amigablemente—. Propondré a la superioridad su ascenso, muchacho. Por cierto, la joven que hay afuera aguardándole y que ha participado en este caso, ¿quién es?

—Pitty Cabot.

—¿Cabot? ¿Familia de Willy Cabot?

—Su hija.

—Lamento lo de su padre, ha muerto en acto de servicio. ¿Qué podríamos hacer por ella?

—Si usted me permite, yo sí sé qué puedo hacer por ella.

Abandonó el yate y no tardó en fundirse con Pitty en un largo beso. Ella comprendió. Aquella caricia no era la de un amigo, sino de un hombre que la amaba y que le expresaba cuánto sentía por ella.

Era difícil tener por familia a un agente federal, con la muerte siempre pegada a sus talones, pero se había acostumbrado al riesgo y sabría ser una buena esposa para él.

Los espías fueron metidos dentro de los coches celulares y una ambulancia se llevó los cadáveres que tenía el yate. Cinco millones de dólares quedaron enterrados para siempre en un Banco suizo, donde habían sido ingresados por los comunistas que ya no podrían sacarlos jamás. La operación «Sodoma-Gomorra» había resultado un fracaso total.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

